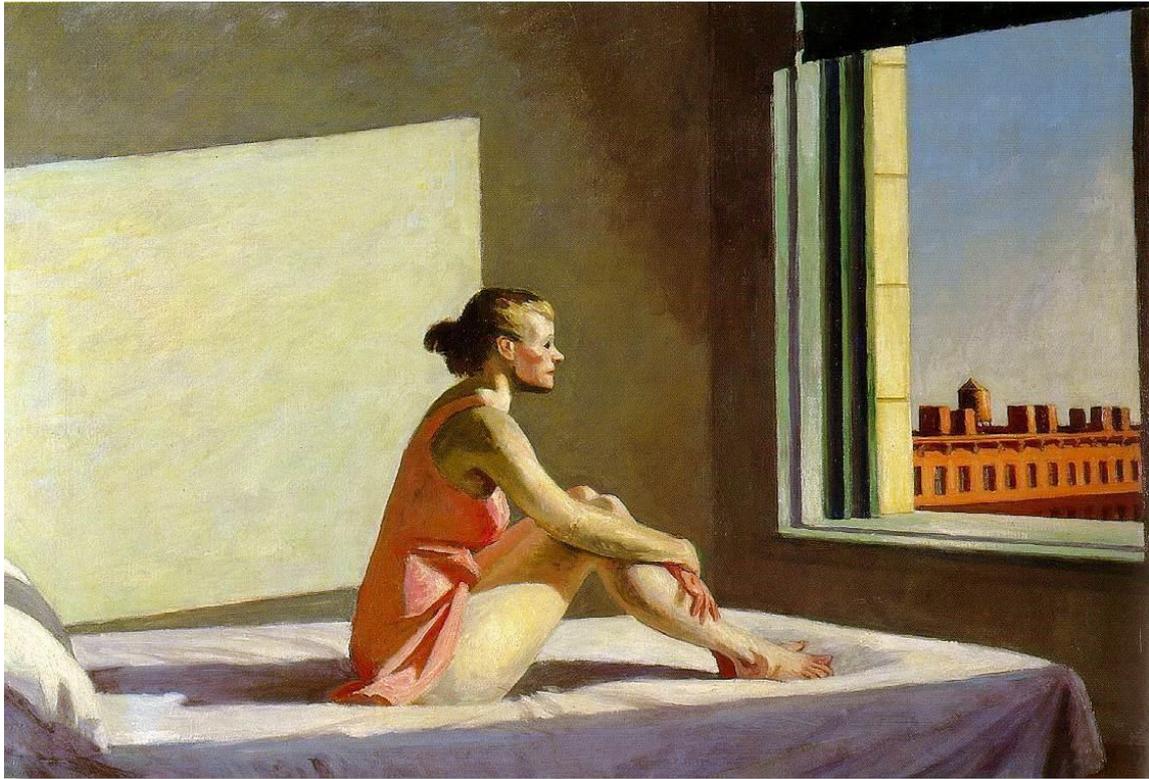

VENTANAS

Miradas y voces durante la pandemia

"¿Y si lo desconocido -el inasible origen- estuviera menos detrás nuestro que delante? Lo que todavía no conocemos, por no haberlo vivido, por no haberlo encontrado..." (Pontalis J.B, 2000)



Excursion into Philosophy (1959). Eduard Hopper.



Morning sun (1952). Edward Hopper.

Mirar a través de la ventana, desde la ventana, ser mirado...

Desde las ventanas de nuestras casas, desde las ventanas-pantallas de nuestro ordenador, desde las ventanas de nuestras mentes, se trata de evocaciones de psicoanalistas y de pensadores de otras disciplinas que intentan dar cuenta con riqueza narrativa de los efectos de este acontecimiento que hemos dado en llamar "Pandemia".

¿Qué podemos construir a partir de este acontecimiento?

Una ventana es la brecha en un muro, desde nuestro lugar, como sujetos de nuestra época, atravesados por este presente pensamos que hay diversos mundos posibles. Deslizamos la mirada por una brecha en el muro que hace que el acontecimiento pueda ser envuelto por el lenguaje. Tal como planteaba Pontalis (2000) "si comprendiéramos el mundo no formaríamos

parte de él". Estas son las ventanas desde las cuales un conjunto de pensadores observamos el mundo por el que transitamos y nos dejamos trasladar por nuestras ensoñaciones a diferentes escenarios.

Como los cuadros de Edward Hopper que nos permiten realizar un viaje a un universo de sentimientos y vivencias que nos interpelan, la mirada introspectiva anhela quizá algo que ya nunca retornará al sitio del que partió. Un grupo de colegas nos permitimos recorrer escenas, escenarios posibles, percepciones, sensaciones, sentimientos, pensamientos, fantasías, proyecciones, todos aquellos lugares posibles de la comunicación humana como espectadores del mundo del que participamos, desde nuestras propias apropiaciones del fenómeno y desde la clínica. La filosofía, la literatura y las artes no han dejado de plantearse el lugar de lo nuevo, de la novedad. No han dejado de señalar la importancia de inventar formas de pensamiento que den lugar a un producto nuevo. Para Deleuze crear consiste en conectar conceptos y ésta es nuestra propuesta. Es la tarea que pensamos está adscrita a un psicoanálisis vivo que pueda conceder espacio a lo nuevo para repensarnos como sujetos y como analistas en nuestro quehacer.

Esta situación de excepción por la que transitamos hace las veces de lente amplificadora de formas afectivas, de formas de vincularnos unos con otros, de formas intelectuales y nos da la oportunidad de que podamos formular retazos creativos. Hemos sido desterritorializados y buscamos caminos para reterritorializarnos. El acontecimiento marca un corte, suspende el fluir del tiempo, se genera un entre-tiempo que requiere por parte de nosotros configurar un horizonte de sentidos, un caleidoscopio de sentidos, un sistema abierto que albergue multiplicidad de fuerzas de carácter inestable.

Los acontecimientos no se caracterizan por su duración sino por los efectos o múltiples sentidos que generan. Las líneas de articulación posibles que ofrecemos en este espacio de relatos breves es como un mapa de recorridos factibles que pretendemos que pueda impulsar a otros analistas y a

pensadores desde otras disciplinas a crear nuevos senderos posibles, otras aperturas, otras líneas de fuga dando cuenta de lo múltiple y de la producción de inconciente.

En este espacio encontrarán un conjunto de narrativas posibles, narrativas sin respuestas, momentos de figuración, como las imágenes de Hopper, que intentan promover la dialectización, con el propósito de pretender apresar el momento, vehiculizando escenarios posibles, aunque no sea posible acabar de dar representabilidad al lugar incómodo en el que hemos quedado situados. No pretendemos que el pensamiento sea original, como una mercancía que deba mostrar su novedad, sólo pretendemos estar a la altura de eso que acontece, en un intento de dar figurabilidad a lo no representado, de esta presentación.

Os invitamos no sólo a leernos sino también a poder contribuir con otras posibles narrativas.

Elizabeth Palacios
Abril, 2020.

De un cuadro de Blanes a la pandemia por el “Corona”

Existen diferentes formas de intentar inculcar a un niño la “cultura”, una forma de lograrlo fue en cierto tiempo llevarlos a museos. En nuestra ciudad, Montevideo, la capital de un pequeño país llamado Uruguay que se encuentra entre dos gigantes: Argentina y Brasil, existe un museo llamado de “Artes Visuales”.

Si bien es cierto que a un niño pequeño no le importan mucho los cuadros ni los museos, sino que más bien prefiere hacer algo más divertido, el ejemplo más popular de ello en nuestro país es jugar al fútbol o estar pendiente de él, no solo los niños, lo hacemos todos, mujeres y hombres uruguayos opinamos sobre fútbol, especialmente cuando juega nuestra selección. No somos conocidos por nuestros pintores, sino por nuestros ídolos del fútbol, Forlán, Suárez, Cavani o el gran Maestro Tabarez.

Sin embargo, entré de niña por primera vez a regañadientes a ese Museo, me encontré con un cuadro que me conmocionó. En esa época no me importaba mucho quién lo había pintado, recordaba solo que era un tal “Blanes”. Me impresionó y provocó en mí una sensación que atravesó mi cuerpo. Quedó grabada en mí la escena que el cuadro mostraba: una mujer muerta en el piso, su atuendo era un vestido blanco, ¿o tal vez fuera un camisón? Era madre, porque en el mismo cuadro un bebé apoyándose sobre ella, buscaba su pecho, parecía intentar explicarle que la necesitaba, quizás porque quería comer, o porque le hacía falta el calor sus brazos.



Detrás de ellos tres hombres, vestidos con las vestimentas de la época, largos sacos negros. El primero de ellos tenía aspecto de hombre mayor, pensé que quizás sería el médico que, asombrado, probablemente tenía el deber de certificar su muerte, el otro más joven se estaba sacando la galera, en señal de respeto tal vez. Al costado del supuesto médico un chico muy joven, tal vez el hermano mayor del bebé, vestido con chaqueta, pero sin el saco negro, estaba descalzo, tras él, la

pintura aparece como desenfocada, escondiendo tras la puerta una cama donde yacía un hombre parcialmente tapado, muerto también, era el padre. La luz que se filtra desde la calle de forma increíblemente apropiada amplifica aún más la dramática escena del pequeño niño junto a su madre muerta.

El tamaño del cuadro era para mí gigantesco con respecto a mi altura, sin embargo, sigue siendo enorme porque no fue la última vez que lo vi. A pesar de la impresión y el recuerdo infantil que me marcó para siempre. ¿Se trataba de un cuadro o una foto?, tan realista era que parecía dar la idea de que uno debía guardar silencio por respeto, porque lo que allí se veía estaba sucediendo en ese preciso momento mientras lo estaba observando.

Años después supe que el nombre del cuadro era "Un episodio de la fiebre amarilla en Buenos Aires". Juan Manuel Blanes nació en 1830 y murió en 1901, el cuadro mide dos metros con treinta centímetros por un metro ochenta, por lo tanto siempre persistió el sentimiento de que entraba a esa habitación y me inundaba la angustia de ver a esa bella mujer muerta en el piso y su bebé reclamando su atención, prendido a su ropa, con su cabeza inclinada

presenciando una imagen desgarradora, así como lo han vivido tantos y tantos niños en diferentes situaciones, guerras, desastres producidos por la naturaleza, agresiones, suicidios.

La mujer del cuadro de Blanes tenía nombre, ella era Ana Brisitiani, de origen italiano, vivió en el conventillo de la calle Balcarce hasta encontrar su muerte. Los hombres que llegaron a la vivienda, el médico y el abogado fueron también víctimas fatales de la terrible enfermedad.

Blanes, llamado "El Pintor de la Patria", nos permitió a través de sus cuadros, ser testigos de parte de nuestra historia, pero este cuadro es mucho más que "nuestra historia".

Es la historia de miles de niños que han perdido y pierden a sus padres, es la historia de las epidemias que, a través de los siglos, nos dejan impotentes ante la imposibilidad de combatir a su causante.

La fiebre amarilla es solo un ejemplo del dolor de los finales y las pérdidas, tal como los estamos viviendo hoy, en este preciso momento.

Actualmente es un virus, lo llaman Covid 19 pero es más interesante llamarlo "corona", ya que hace alusión a su poder. Logra contaminar a príncipes y reyes por igual, a aquellos que llevan aún en este siglo XXI coronas llenas de piedras preciosas de un valor incalculable que no se mueven de las cabezas de sus altezas reales, a pesar de que este poderoso corona virus los infecte y los arriesgue a enfermarse o quizás morir atrapados en su propia nobleza.

Quizás sea hora de que las monarquías que aún quedan en este tiempo tan complejo entreguen sus bienes tan preciados, sus joyas, sus palacios para que su pueblo pueda comer. Porque detrás de esta epidemia se aferra otra ya conocida, que se llama miseria y hambre.

El hecho de que se haya propagado a una velocidad vertiginosa en todo el mundo en comparación con las grandes epidemias del pasado parece dar la pauta de que vivimos en un mundo hiperconectado. Hasta hace poco tiempo atrás, podíamos vivir un día en Europa y al otro volar a América del Norte,

del Sur, al Pacífico, al cercano o lejano Oriente. Podíamos tomarnos un tren subfluvial que nos llevara de Londres al centro de París. En pocas horas transitábamos de un lugar a otro y mientras tanto en los aeropuertos o las estaciones de tren los viajeros no hablaban, seguían hiperconectados a sus computadoras y sus celulares ensimismados algunos en su trabajo, mientras que la gran mayoría se conectaba para realizar aquellos “pendientes” que la vida acelerada nos impedía realizar, chatear con un amigo, jugar al juego que tuvimos que postergar por trabajo, escuchar a nuestros músicos preferidos o simplemente comprar, consumir porque así se había pautado nuestra vida.

¿Era también una epidemia? ¿Volverá a serlo?

Gran parte de la humanidad ha comenzado a renunciar a un cierto estilo de vida, ya que es más importante en estos momentos poder seguir pagando el alquiler, comer, no pasar frío que comprar en numerosas cuotas el último modelo tecnológico o estético para conservar nuestro status frente a nosotros mismos y frente a los demás. Nuestros estilos de vida han sido hasta hace poco tiempo demasiado voraces, pretendieron y consumieron demasiado, la vida vertiginosa e impulsiva no ha dado lugar a la reflexión, al pensamiento, a la simple pregunta que dejamos hace ya tiempo de hacernos: ¿lo necesito?

Tal vez la madurez de una persona o de una civilización se comprende mejor observando cómo ésta reacciona cuando el sufrimiento se le arroja encima, especialmente cuando ese sufrimiento afecta a toda la humanidad.

Las epidemias de la historia surgieron principalmente del salto de un microorganismo de una especie animal salvaje a los humanos. La peste y la viruela también comenzaron así. También es posible que si incendiemos grandes áreas de bosques, estemos destruyendo esos hábitats de forma tal que algunos microorganismos precisen buscar un nuevo territorio para asentarse y sobrevivir, una planta, un animal o nosotros mismos podemos ser su nuevo “hogar”.

En este preciso momento hay mucha enfermedad y muerte frente a nuestros ojos. ¿Seremos capaces, aunque sea mínimamente de comprender lo que

significa?

Cuanto más débil es un colectivo, más fácil le es penetrarlo, hoy se esparce, sobre todo, en lo que ahora se conoce como "grupo de riesgo", que traducido al español vulgar, significa algo así como "mayor de 65 años con alguna patología previa, sobre todo si es respiratoria".

¿Es acaso un grupo descartable? A la enfermedad y la muerte no es preciso darle pistas, sabe a dónde quiere ir, solo que ahora viene más veces que antes.

Este virus contiene a su vez un componente terrible más: se propaga a través de los afectos, penetra en los intersticios de nuestra intimidad con las personas más cercanas, con los abrazos y los besos que compartimos con nuestros seres queridos, los hijos con los padres, los padres con sus propios padres, los niños con sus abuelos, convirtiéndonos en frustrados deseantes de todos aquellos besos y abrazos que no dimos, porque nos olvidamos, porque no tuvimos tiempo o porque simplemente ya no recordábamos cómo se hacía.

Con cada beso y abrazo dejamos de contagiarnos de amor. María y Carlos se han contagiado, Carlos siempre fue muy vital, pero padecía de una enfermedad respiratoria obstructiva, había sido un fumador toda su vida. Fue necesario internarlo. Iniciando una internación común, rápidamente ingresó al CTI y de allí ya no salió. María solo pudo llorar su muerte a solas, aislada en su casa, sin poder despedirse del compañero de toda su vida, sintiendo que su corazón se partía en mil pedazos por no poder estar a su lado en el momento de partir.

¡Corona tiene poder! El poder de separarnos cuando queremos estar juntos.

Separó también a los amantes, dejó a la vista secretos que lograban mantener un frágil equilibrio entre la vida cotidiana y los momentos de pasión.

"La muerte no podrá seguir siendo negada, estamos forzados a creer en ella, la gente realmente muere y no solo de a uno, sino que a veces de a miles en un solo día" así lo detalló Freud en 1915.

Soñamos despiertos, porque cuando dormimos nos avivan pesadillas apocalípticas. Ahora nos damos cuenta de que el tiempo va pasando y que el aislamiento no nos permite compartir ni una copa de vino con nuestros afectos. Desde la mañana hasta la noche, ideas de todo tipo transitan por nuestra mente. Nuestro cuerpo está aquí pero nuestro espacio mental está en otra parte, a veces ahogado en pensamientos que hemos ignorado durante tanto tiempo.

¿Acaso podremos lograr trasladar a nuestra mente la idea de soñar con una vida mejor?

En estos momentos nos encontramos imposibilitados de discutir sobre ciertas adicciones, así como lo hacíamos antes. ¿Acaso no fue hasta hace poco tiempo atrás un tema de discusión la adicción a la tecnología? Los celulares, las computadoras, las tablets son en estos momentos nuestros mejores amigos, nuestros objetos adictivos, los necesitamos casi tanto como el agua que bebemos todos los días.

En ello recae la principal diferencia de esta pandemia, la posibilidad de estar conectados. Para bien o para mal, existe la necesidad de que alguien del otro lado, en algún punto nos escuche, por lo menos para decir que está tan solo como nosotros mismos. Para poder decirle al otro "estoy angustiado" o para poder pensar "es el otro el que se angustia", el amor, el odio, la locura se torna difícil de soportar en compañía o en soledad.

Confinamiento obligado, para que el otro no me contagie o para no contagiar al otro. Es el encierro, el aislamiento "por nuestro propio bien" escrito en tantos idiomas y de tantas formas "quédate en casa", pero ¿qué sucede cuando la casa es un cuarto donde conviven un padre violento, una madre desesperada y cinco hijos pequeños que a pesar de todos los gritos y golpes que reciben piden a voces poder salir? Tal vez huir. ¿Existe acaso un mejor lugar al cual se pueda huir?

Lo que sí sabemos es que ya no podremos volver a lo que tal vez podría llamarse "normalidad". ¿Cuál será la nueva normalidad? Cada pandemia, así como las

guerras o los desastres naturales nos lleva a agruparnos en portadores de un trauma colectivo, en este caso compartido de una forma nueva y extraña. Voy siguiendo la realidad de mis amigos que viven en lugares lejanos, a los cuales no veo desde hace tiempo, con muchos de ellos ya ni nos conectábamos. Pero ahora me escriben y les escribo, les mando WhatsApp graciosos a quienes no toleran el sufrimiento porque les alcanza con lo que están viviendo y a los otros, los que descargan su rabia e impotencia como yo, les escribo y les mando los apocalípticos artículos que recibo, para compartir tal vez el sufrimiento y dolor de aquello que vamos "perdiendo" ¿el tiempo?, ¿la libertad?

Sin embargo, es el encuentro personal con la muerte que genera la ruptura, lo que nos hiere, nos une y separa a través de una crisis adaptativa de la que no emergemos si no es transformándonos.

Como psicoanalistas estamos en una posición sublime como para llevar nuestra propia experiencia de sufrimiento supuestamente "analizada" al campo del sufrimiento, el dolor y el duelo de nuestros pacientes.

Cuando Freud perdió a su hija Sophie en 1920 con solo 27 años a causa de la gripe infecciosa que asoló Europa le escribió la siguiente carta:

Sophie: "Sabes cuán grande es nuestro dolor y no ignoramos tu sufrimiento. No intentaré consolarte, tampoco tú puedes hacer nada por nosotros... ¿por qué te escribo pues? Creo que lo hago porque no estamos juntos, ni puedo decirte las cosas que repito frente a tu madre y tus hermanos: que habernos arrebatado a Sophie ha sido un acto brutal y absurdo del destino, algo acerca de lo cual no podemos protestar ni cavilar, sino solo bajar la cabeza, como pobres desvalidos seres humanos con los que juegan los poderes superiores"

A pesar de ello, siguió escribiendo, trabajando, dejando un legado que hoy se sigue manteniendo vivo. Nunca fue más vigente la frase arrebatada por cientos de terapias alternativas: "The talking cure", la cura por la palabra, la forma de buscar a través de la libre asociación el surgimiento de ese iceberg llamado inconsciente, levantando las represiones y a veces escisiones.

Freud mismo pudo revelar que el duelo realiza una función bastante específica, separar de la muerte, aquellos recuerdos y esperanzas de los sobrevivientes. Cuando esto se ha logrado, el dolor quizás es menor. Llegado el momento dejaremos de ser un colectivo traumatizado, cada uno procesará su propio duelo a su manera, hurgando, queriéndolo o no, en sus propias raíces los efectos de su historia única, irrepetible, personal.

Silvia Flechner

Asociación Psicoanalítica de Uruguay.
Una uruguaya aislada des-ahogándose.
Montevideo, abril, 2020.

El acontecimiento: el mundo en pandemia

Transitamos un camino a tientas, desconocido, a partir del colapso social que implica la aparición de la pandemia, el virus reinante, el coronavirus.

Estamos sumergidos en el confinamiento de nuestras casas y, en muchos casos, sin poder sostener el lazo con el otro, excepto a través de las pantallas que día tras día nos abren a diversos mundos hasta el momento, desconocidos. No teníamos tiempo para construir la cercanía del abrazo dado que nuestras formas de comunicación estaban cristalizadas por el tiempo de la inmediatez, tiempo de la gratificación, del deseo sin aplazamientos. Nos vimos arrastrados por la impaciencia individual, familiar y comunitaria. No cumplir estas metas nos causaba fuertes ansiedades.

La relectura de algunos textos de Alan Badiou me llevó a pensar en mundos paralelos que habitamos, sociedades por una parte signadas por el individualismo y el hedonismo, en donde cada sujeto se ocupa de sus propios intereses, de los bienes que provee el mercado, objetos investidos que producen una imaginaria sensación de poder y eternidad, sin erótica de duelo alguno en términos de Jean Allouch. No obstante, habitan paralelamente personas que trabajan en distintos ámbitos produciendo lazo social.

Existe entonces, un "punto" en el pensamiento, en la vida, en la creación, cuando la complejidad del mundo se reúne y se resume en una dualidad que, a la luz de este tiempo, sería: preservación de vida y confinamiento o contagio y muerte probable. Se trata entonces de comprometernos con un punto y sostenerlo, somos sujetos sujetados a una verdad y a un acontecimiento que es considerado una radical discontinuidad, no será la continuación de un proceso, constituirá un salto cualitativo que remita a una creación.

El acontecimiento, la pandemia, es azaroso por naturaleza, no se puede predecir, es el golpe de dados de Mallarmé, los dados caen con alguna probable determinación cuya lógica desconocemos. Sin embargo, hay cierta madurez de los hechos que bordea lo azaroso del acontecimiento, nuestro planeta desbordado por inundaciones y llamas a causa del cambio climático, el exacerbado individualismo, la invalidante inmediatez del tiempo que no permite pensar, que aliena los vínculos amorosos, la acción compulsiva frente a la encarnación de la palabra...

En un mundo habitado por sujetos con fuertes tendencias tanáticas y, a la vez, por otros con vocación para aliviar el dolor humano, el pensamiento de Freud vuelve una y otra vez, recordándonos su compromiso con la época que le tocó vivir y el impacto que le causó como sujeto social. En "La transitoriedad" (1915) nos trae su teoría acerca del duelo con los sentimientos que le produce la guerra y en "Más allá del principio del placer" (1920) proporciona la idea de trauma asociado a la consecuencia de una herida en la barrera protectora de estímulos. Estamos inmersos en un entorno disruptivo, en un primer tiempo del trauma, en un contexto marcado por el cambio en las rutinas sociales, y en las reglas de juego conocidas, llevando a cabo un proceso de elaboración psíquica en un intento de adecuación a un entorno impredecible.

En este marco trabajamos día tras día los psicoanalistas. Han cambiado los ropajes: de la consulta en el diván, del cara a cara pasamos a la atención a través de la mediación telemática en un contexto de crisis, con los efectos que, en cada caso singular, han producido, producen y producirán en nuestros pacientes. Cambiamos de ropaje, seguimos sosteniendo una herramienta valiosa con la que contamos: nuestro encuadre interno, esa invariante que incorporamos con flexibilidad debido a nuestras experiencias vitales y analíticas. Su acción se instituye en el encuentro entre analista y paciente quien acepta el despliegue del trabajo analítico. El paciente no podrá sustraerse a los efectos del mismo, como marco intersubjetivo e interactivo. Las posibilidades que nos brinda son amplias: permeabilidad del analista a su

propio inconsciente y al de su paciente, sostenimiento de la dupla asociación libre – atención flotante, transmisión de inconsciente a inconsciente, cualidades que ofrecen la posibilidad de construir un espacio creativo entre dos.

A manera de cierre, una cita de Proust, “La creación del mundo no ocurrió al principio de los tiempos, ocurre todos los días”.

Luz Abatángelo Stürzenbaum

Asociación Psicoanalítica de Madrid

Asociación Psicoanalítica Argentina

Abril 2020.

Presente confinado, futuro incierto. Reflexiones psicoanalíticas

Etimológicamente confinamiento se forma con el prefijo latino, "cum", asociado a la idea de encuentro, comunidad o elemento compartido, "finis" como sustantivo implica el límite, la frontera, final y confín. "confinis"

En estos meses de confinamiento nuestro presente se quedó varado, estático, en espera. Hay un tiempo presente que se funda en el reino de la posibilidad y está asociado a la presencia del futuro. Ese es nuestro interrogante, cómo será el día del mañana.

Otra cuestión que nos afecta directamente es ¿Cómo asimilarán los niños y adolescentes este tiempo de su vida? Cuando sean adultos lo recordarán como algo insólito. Esta experiencia formará parte de su memoria histórica. Habrán observado, en el mejor de los casos, a su familia esforzarse por organizar los días, pero en otros, también pueden haber sido testigos de la violencia o del sufrimiento por la incertidumbre del futuro. Algunos habrán perdido a sus abuelos, sin poderse despedir, y serán observadores en directo del dolor de los mayores.

¿Dónde está el límite en relación con los niños frente a la percepción del sufrimiento? La vida a veces no es bella, remitiéndome a la película de Roberto Benigni, cuando un padre hace que un campo de concentración nazi sea un lugar de juego y el traje de prisionero un disfraz. Hace escaso tiempo un padre en Siria (febrero de 2020) jugaba con su hijita como si las bombas que se desplomaban sobre ellos fueran fuegos artificiales. La niña se reía excitada y aplaudía.

¿Hasta dónde hay que proteger a los niños de la realidad? Los niños también

se hacen cargo del dolor y la frustración a su medida y en la medida en que sus padres puedan ayudarles a filtrar las penas por las pérdidas. Por ejemplo, no ir al colegio presencialmente, no poder jugar en el exterior, no ver a los amigos. A veces los adultos tienen dificultades para que la realidad se ponga en palabras, y se disfraza o queda segregada, esta actitud es más nociva que devolver a los niños y adolescentes una realidad proporcionada con su psiquismo. La dimensión ante la frustración de los adolescentes, por ejemplo, se pone a prueba en su capacidad de consolarse ante la adversidad:

-M: He estado triste dos días, no quería ir al instituto online, he llorado y solo quería dormir. Me asomé al balcón a aplaudir y vi un niño enfrente y nos saludamos. Eso me alegró y me hizo reír. Ya me sentí mejor. Ahora por las tardes siempre nos encontramos.

La metamorfosis de la pubertad ha sido amordazada en este parón de su vida. Sus sueños se han vuelto esperpénticos, aparece una ciudad vacía con seres que vagan con mascarillas.

-Una niña de 6 años, se pinta los labios desde por la mañana y se pone el collar, luego empieza con sus tareas online que envían desde el colegio.

Ese detalle matutino da sentido a su día y la hace sentirse mayor y más responsable, identificándose con su madre.

Estos *recursos psíquicos*, ayudan a cada ser humano a despertar su creatividad ante la adversidad y a encontrar alivio.

-X: un adolescente, ha estado muy rabioso, era su cumpleaños y como muchos otros niños y adolescentes, no ha podido celebrarlo como deseaba, solo a través de la pantalla. El no quiso soplar las velas y dando un gran portazo se encerró en la habitación.

-D: Estoy muy angustiada, me queda muy poco para dar a luz y voy a estar muy sola, Ni mis padres, ni visitas. Me siento perdida, quiero que acabe esta situación porque desde hace un mes todo me parece una pesadilla horrible.

Una madre explica:

-He descubierto algo que había perdido. Ahora estoy con los niños, jugamos

con ellos, al parchís, a las cartas, comemos a la misma hora. Hemos aprendido a hacer pan todos juntos. Ellos están muy cariñosos con nosotros. A pesar de todo, nos sentimos afortunados. Casi me angustia más cuando todo esto acabe y nos tengamos que separar.

Como psicoanalistas nuestra función ahora más que nunca es ayudar a poner palabras a los sentimientos de los pacientes, niños, jóvenes o adultos. Las representaciones iniciales sobre la pandemia en algunos casos son persecutorias y amenazantes. Los sentimientos de todo tipo son cambiantes como un tiempo agitado de primavera. Ahora las emociones se transforman y circulan por minutos, horas y días.

Contratransferencialmente se superponen los procesos de duelos. No podremos ayudar a que nuestros pacientes hagan el duelo por la pérdida de los valores que poseíamos, si no sentimos nosotros el dolor por los muertos, el miedo al contagio, a la enfermedad, y a la incertidumbre por el porvenir.

Sostiene Winnicott D (1960), en su obra: "Los procesos de maduración y el ambiente facilitador" que: *el psicoanalista debe seguir siendo vulnerable y, sin embargo, no abandonar su rol profesional en sus sesiones de trabajo reales.* Winnicott se refiere a una vulnerabilidad defensiva flexible. (P. 210)

El encuadre en esta experiencia *Covid-19* está puesto en cuestión por algunos pacientes, se encuentran en una diatriba si no soportan tener sesiones que no sean presenciales. No sabemos el significado profundo de su negativa ¿resistencias, necesidad de una presencia real, fallos en la representación? Esta realidad, nos hace pensar nuevamente en los comentarios de Winnicott sobre: *el valor simbólico del encuadre en cuanto supone una distancia entre analista y paciente. El símbolo está en una brecha entre el objeto subjetivo y el objeto percibido objetivamente (p.211)*

No es fácil comprender esta situación porque somos parte del estupor que de un día a otro ha cambiado nuestra vida. Las especulaciones y las hipótesis son esbozos de una vivencia desconocida para todos. Será necesario procesar y resignificar estas vivencias en el mañana.

Futuro incierto

Desde otro vértice, este drama sin fronteras ha puesto en evidencia el viaje compartido del ser humano en el cosmos.

El proverbio chino: *El aleteo de las alas de una mariposa se puede sentir al otro lado del mundo*, alegoría sobre el destino planetario único, tiene su raíz en el término establecido por el meteorólogo estadounidense Edward Norton Lorenz (1917/2008) pionero de la teoría del caos. Metafóricamente hablando esta sentencia puede darnos cuenta de cómo el drama que estamos viviendo ha traspasado las barreras como un huracán universal, ola del mismo mar.

Las estadísticas nos pueden ir anestesiando. Pasados los primeros momentos de impacto, los días se suceden con el número recitativo de muertes, infectados, ingresados y sanados. Nuestras defensas, tales como el aislamiento del afecto, se ponen al servicio de que esos números lleguen a ir perdiendo valor y a significar menos. Como diría Green A. (1984) el temor es que la capacidad humana de crear vínculos y de sentir quede vacía y desinvertido el objeto, transformado en algo sin contenido, una materia inerte. Nuestro peligro es que en este viaje estático de los días confinados, esos que desaparecieron lleguen a no tener cara, nombre e historia.

Para que no olvidemos, individual y colectivamente, del trauma que nos acompaña Radio Televisión Española (RTVE) ha habilitado un homenaje sonoro: *El memorial del coronavirus, despedidas por una pandemia*. De este modo se trata de paliar el vacío poniendo voz a los que perdieron a los suyos sin un adiós.

Ahí podemos escuchar algunos testimonios:

Mamá, no pude darte el último abrazo ¡Cuanto siento que te hayas ido sola! Me quedo con la mirada que cruzamos antes de que te ingresaran. Me dijiste: ¡Qué guapa eres! y yo te respondí, y tú, te quiero.

Algunos sanitarios, que además son nuestros pacientes, se han enfrentado a la sobrecogedora experiencia de la selección natural de los enfermos y de una generación en aras de la salvación de otra. Lloran, se angustian, se

conmueven y nos conmueven.

Se han detectado fenómenos colaterales, como por ejemplo el resentimiento y la ira. Éstos se han depositado en el otro; los gobernantes, el vecino, un país, en el amigo de distinto criterio, y en nosotros, como analistas, para algunos de nuestros pacientes. El enemigo parece estar siempre en el lado ajeno. El desplazamiento defensivo de nuestra omnipotencia nos hace soñar con el deseo de poder controlar la amenaza, de que la fragilidad y la enfermedad no existan. Es nuestro universal e incorregible narcisismo infantil que no admite fisuras.

Otros virus latentes estallaran a posteriori: la desigualdad y la supervivencia del más fuerte.

Judith Butler (2020) La filósofa de EE.UU., en sus reflexiones sobre: "El capitalismo tiene sus límites" sostiene, que la investigación de una vacuna pondrá más en evidencia que unas vidas son más valoradas que otras según estemos a un lado o a otro de este mundo.

La desigualdad social y económica asegurará que el virus discrimine. El virus por sí solo no discrimina, pero los humanos seguramente lo hacemos, modelados como estamos por los poderes entrelazados del nacionalismo, el racismo, la xenofobia y el capitalismo. Es probable que en el próximo año seamos testigos de un escenario doloroso en el que algunas criaturas humanas afirmarán su derecho a vivir a expensas de otros, volviendo a inscribir la distinción espuria entre vidas dolorosas e ingratas, es decir, aquellos quienes a toda costa serán protegidos de la muerte y esas vidas que se considera que no vale la pena que sean protegidas de la enfermedad y la muerte (Butler J, p.47).

Pero también deseamos que el Covid-19 nos revolucione psíquicamente, nos cuestione, penetre en nuestras vidas individuales y colectivas para hacernos más humanos y solidarios. Ojalá salgamos del confinamiento en alguna medida transformados, y en el futuro nuestra mente haya pensado, asociado y comprendido el sentido profundo de esta vivencia. Somos pasajeros en este universo terrible y de deslumbrante belleza al que maltratamos cíclicamente.

Olvidamos que el universo permanece y nos contempla con su fría indiferencia mientras los humanos hacemos planes.

Magdalena Calvo

Asociación Psicoanalítica de Madrid

23 de abril de 2020.

ATRAVESAR LAS VENTANAS

Reflexiones sobre los tratamientos familiares en espacios virtuales en tiempos del Coronavirus

La familia que participa en esta sesión virtual sigue tratamiento terapéutico psicoanalítico grupal desde hace más de un año, y está compuesta de madre y padre de mediana edad tienen un hijo de 4 años y una hija de 15.

Se han sucedido muchos acontecimientos desde la última sesión, que fue presencial como todas hasta ahora. El abuelo, de más de 80 años, ha superado la enfermedad del Covid-19 hace una semana y guarda cuarentena en su casa.

Madre: ¿Estaré infectada? No lo sé, pero por las dudas estamos todos con las mascarillas y la distancia de más de un metro. La situación exige que estemos en habitaciones separadas.

Analista: Sin duda la situación nos impone muchos cambios, como hacer este encuentro por este medio telemático.

Padre: Tenemos que reinventarnos. Mi padre acaba de salir del hospital y nosotros seguimos confinados.

La hija adolescente se queja y dice que "esto es un rollo" y el hijo menor juega con coches, trenes y aviones que invaden los espacios que habitan en común y se mueve sin parar.

La consulta de familia a través de la pantalla dibuja la posición del analista en reflejo con los otros; se intuye la fragilidad de los vínculos, tristeza con mucha ansiedad y la transformación de figuras que se expanden y que sienten el dolor de la existencia con nostalgia de lo que fuimos. Ahora nos vemos y oímos,

pero no podemos tocarnos estas sensaciones quedan suspendidas. Estamos en permanente proceso de dolor y duelo.

Los integrantes de esta familia describen la situación con lucidez y desazón, a la vez que acusan la irrefrenable aceleración de los tiempos y definen nuevas dinámicas de convivencia y vinculación afectiva, y también reflexionan sobre el aislamiento en los ámbitos públicos y la predominancia de lo doméstico.

Exponen la precariedad, la fragilidad amarga y la ansiedad de los cuerpos y las subjetividades. Están descolocados y no distinguen si el encierro es voluntario u obligado. Los niños expresan deseos y sentimientos contradictorios: "No me importa ningún abuelo del mundo". "Quiero salir". "No saldré nunca, debo salvar al mundo de la pandemia", comenta la adolescente.

El uso de la cibernética ha irrumpido con peso dramático y voluntario durante el encierro. Las personas estamos inmersas en universos virtuales no solo para trabajar sino como refugios de privacidad y de exogamia familiar en el mejor de los escenarios. Y este es el caso del espacio terapéutico.

En apariencia tanto los padres como los hijos eligen una existencia esencialmente autónoma al margen de los mandatos impuestos por la cuarentena. Aluden precisamente a las obsesiones propias que habitan opresivamente espacios y tiempos indistinguibles, donde trabajo y ocio se confunden. Aquí se impone la referencia kafkiana a los estados larvales del sujeto prisionero y domesticado.

La coerción educativa es fuente de presión para que los hijos despierten de esos estados larvales. Ambos progenitores usan los dispositivos para acceder a los recursos educativos a través de los medios de comunicación; "los hijos sin título" están marcados por la fecha de caducidad del éxito social. O será el deseo de que esta tragedia termine.

Aparece el conflicto con límites. La incertidumbre envuelve un sentir plagado de realismo escéptico: la pandemia se propaga; la cuarentena se extiende en representaciones tenebrosas y mesiánicas; al final de esta pesadilla vendrá la

resurrección; la calma y la esperanza aparecen en la Semana Santa, que coincide con la sesión terapéutica.

Puedo observar sus rostros uniformados por expresiones neutras que replican como reflejos especulares al mismo individuo en representación de muchos; no obstante, subyace en ellos el sentimiento de que salvar a uno es salvarnos todos. La imagen del otro en mí, la alteridad reencontrada en la ausencia.

Emerge en la consulta el imaginario de la "generación perdida", embestida por una crisis que no solo trunca vidas sino expectativas, y hace mella en la subjetividad sin horizonte global. Se alude a que se desploma la economía y que esta es "Peor crisis que la del 29". Preguntan: "¿Qué hace este virus, nos arrasará a todos por igual?".

Se acentúa la inquietud generada por la amenaza de la muerte. Ante la presencia de un peligro y la ausencia del otro, aparecen lugares de memoria y significados constituyentes de la comunidad: la gripe española, las guerras mundiales, la Guerra Civil española, los exilios. Traumas acumulativos que desencadenan la reapertura de heridas.

En el interior del hogar, los abrazos virtuales se ofrecen en solitario, con cuerpos como máquinas, cosificados, el tacto anestesiado por los guantes aislantes, los miembros del grupo desorientados, despersonalizados, reeditan las dudas identitarias del adolescente o la infancia como agujero negro que activa una suerte de regresión perturbadora no exenta de inocencia.

La familia muestra sentimientos de reconciliación de las subjetividades expresadas como un sueño mutante, transformador. Reminiscencias del motor de los deseos infantiles que han transitado la metamorfosis de la pubertad y ahora sacuden al cuerpo social con la tragedia del Coronavirus como representación, acontecimiento. Podemos identificar esta figura a la vez como la del reconocimiento y la empatía con el dolor, el pesimismo, el enfado y el anonimato del que habita en la ciudad vacía. Y con el ritual de atravesar la ventana a las ocho de la tarde con los aplausos conmovedores intentamos reconciliarnos con nuestra fragilidad ante el regreso a un futuro incierto.

La experiencia de la cotidianidad presentificada en espacios virtuales nos ha obligado a los analistas de familia a “entrar” en los grupos familiares atravesando las pantallas-ventanas.

En este contexto, la frase “Hasta la semana próxima” que empleamos para “salir” del espacio analítico ha generado, no obstante, un nuevo tejido, una red que incluye el deseo de la presencia transformadora y de la continuidad sostenedora.

Esta novedosa situación nos reafirma a los profesionales en el compromiso de trabajar psicoanalíticamente en la búsqueda de sentidos al sufrimiento con resignificaciones sobre lo sorprendente de acontecimientos como esta pandemia.

Alicia Monserrat

Asociación Psicoanalítica de Madrid

Abril 2020.

Psicoanalizando niños en época de pandemia

¿Cómo podemos ir poniendo en palabras lo que supone para un psicoanalista de niños trabajar en estos tiempos? ¿Cómo podemos ir dialectizando lo que ha irrumpido en nuestras vidas desarticulando nuestro modo de estar en el mundo, nuestra cotidianeidad y nuestra práctica como psicoanalistas de niños?

Podemos pensar a la pandemia como una excepción, como una irrupción en nuestras vidas que sucedió desde fuera como si se tratase de un imprevisto, o como una construcción humana que seguramente no es azarosa y que es un emergente del mundo que estábamos construyendo y creo que, al menos desde esta perspectiva, es importante que podamos dedicarle tiempo para pensar cómo podemos transitarlo.

Me interesa la idea de acontecimiento de Badiou como algo no planificado que irrumpe, que provoca una disrupción y que nos coloca en un lugar incómodo, en un fuera de sitio, en donde carecemos de certezas, que desarticula lo que venía siendo y requiere por parte de nosotros una labor de construcción de algo nuevo allí donde no hay implícitamente soluciones, sino que deben poder ser creadas. Requiere por parte de nosotros un hacer distinto. Lo que estamos viviendo dejará marcas y requiere que nos repensemos como sujetos, como sujetos que nos vinculamos unos con otros, como sociedad y como profesionales que nos dedicamos al trabajo psíquico con niños.

A mi entender este acontecimiento requiere ser pensado desde múltiples vertientes. Desde cómo afecta la vida mental de los niños con los que trabajamos. Desde cómo nos afecta de modo personal a nosotros como sujetos y como analistas de niños. Y de cómo incide en nuestra práctica. Se

nos hace necesario repensar nuestra práctica para poder seguir operando como psicoanalistas y como psicoanalistas de niños con su particular especificidad.

Todos nosotros como psicoanalistas estamos acostumbrados a trabajar en el terreno de la representación que es la materia prima de nuestro trabajo. Al trabajar con niños sabemos que nuestra labor tiene un importante efecto subjetivante, al intervenir en un psiquismo en constitución.

El efecto de un acontecimiento implica que no nos encontramos frente algo previamente representado, sino frente a algo aún no representado y además que cuenta con una dimensión muy particular que es la de que no sólo nuestros pacientes atraviesan esta crisis, sino que nosotros también estamos atravesados por ella. No estamos ayudando a un paciente niño y a una familia que atraviesa una situación difícil, sino que esto nos toca a nosotros también muy de cerca y esto produce su efecto en nuestros psiquismos y en el campo transfero- contratransferencial. El modo en que a cada uno de nosotros nos afectará dependerá de nuestra subjetividad, de nuestra propia historia personal.

Una niña decía la segunda semana de confinamiento, "*Escribamos una historia*". La primera semana no pudimos vernos porque en su casa había sólo un ordenador con el que trabajaba uno de sus padres. Tuvimos que buscar un tiempo un espacio diferente al habitual para nuestro encuentro. Ambas construimos un juego, como una especie de comic, en el que se contaba una historia en donde una adulta y una niña iban al parque de atracciones y veían desde lejos las atracciones infantiles, la niña decía: "*No podemos subir*" y un monstruo con corona perseguía a los dos personajes de la historia echándolas del parque. Finalmente, en esta historia con varias escenas y escenarios finalizaba con una escena en la que aquel monstruo con corona acababa encarcelado y se le preguntaba por qué estaba haciendo esto.

Es interesante observar cómo ambos personajes (la adulta y la niña) eran perseguidos por el monstruo, ellas corrían para escapar, debiendo abandonar

el lugar de juegos, hasta que la mujer conseguía apresarlo en una cárcel. Allí la niña comenta: "*Esto no es lo mismo E.*" Y es cierto que no lo es, pero es lo que podemos hacer.

En sesiones posteriores decide escribir una canción en la que ambas participamos en el *blackboard* de la aplicación en la que a modo de pictogramas agrega iconos que van dando cuenta de un rico mundo emocional y de los sentimientos que se han ido despertando dentro de ella. En la canción aparecían todas las pérdidas no solo de sus amigas, de la maestra a las que ahora no puede ver, sino sus tíos y primos que viven en otra ciudad, así como el dolor por el fallecimiento a causa del virus de una persona mayor de la familia extensa importante para sus padres, de la que no pudo despedirse. La creatividad y el modo en que va adquiriendo representabilidad su sufrimiento produce impacto estético, inicialmente cada frase acababa con "*yeah, yeah*", como si se tratase de una canción de rock, para acabar diciendo que la última parte de la canción iba en clave de blues, con un quejido en "*U*".

Pero seguimos operando como psicoanalistas con la necesidad de repensar nuestra práctica y a la vez continuar utilizando nuestras teorías y nuestras herramientas, las que tenemos y las que seguramente en algún momento futuro podremos repensar a partir de estas nuevas experiencias.

Observo más que nunca que nuestras teorías no están ni caducas, ni perimidas. Continuo con el convencimiento de que la escucha y nuestras palabras son importantes y necesarias en esta labor significativa. No solo en nuestra labor de traducción, sino en una labor de ligazón de lo que este acontecimiento, como vivencia traumática requiere ser significado, dando palabra a lo que está en el borde de lo procesable para poder ser enhebrado al entramado psíquico para hacerse representable.

Nos encontramos ante un tiempo de posibilidad para sostener a nuestros pacientes, manteniendo nuestra escucha como psicoanalistas de niños. Desde lo virtual nuestra escucha aporta una posibilidad. Nuestras teorías y modelos de trabajo tienen vigencia. Hemos tenido que reformular la parte formal de

nuestro encuadre. Lo no procesual como lo planteaba Bleger (1979). Este ha sido un tema al que hemos dedicado largas horas de reflexión entre psicoanalistas. La idea de fijeza del marco externo, de invariancia han sido sostenidas con fuerza. Sin embargo, ya hace décadas que la significatividad del encuadre interno (Donnet, 1973) ha ido ganando espacio. La posición del analista ha ido de la mano de la ampliación de las fronteras de la práctica psicoanalítica.

Evidentemente, nos encontramos frente a una crisis, en donde lo traumático está presente, pero también nos encontramos ante una posibilidad fantástica para nuestra disciplina, transformando nuestra práctica, que seguramente ya no será la misma. Ahora nuestro encuadre lo constituye la pantalla y nuestro encuadre interno. La pantalla nos transporta al interior del hogar de nuestros pacientes y nuestros pacientes ingresan en el interior de nuestros hogares.

Otra niña el primer día de nuestra sesión online me mostraba una serie de objetos en su habitación. Al comienzo del tratamiento me había descrito esa habitación, me decía: *"Ves E. esta es la lámpara en forma de girasol y esta cama es la de mi hermana"*.

Me había comentado entonces que su hermana no le dejaba tocar sus muñecos. Sus padres en las primeras entrevistas habían contado como hacía rabiar a su hermana tocándole los juguetes. Estaban allí todos los muñecos que describió entonces y yo recordaba. Trabajamos en múltiples oportunidades de sus sentimientos de rivalidad y celos fraternos. Mientras me enseñaba todo esto se sumergió sobre la cama de la hermana toqueteando los muñecos con efusividad y en un acto claro de ataque clandestino que compartía conmigo.

Se constituyó en un acting out, otorgándonos la oportunidad, de ver de este modo tan directo, esos sentimientos que había representado en otros momentos con juguetes y en dibujos. Pudimos trabajar esos sentimientos en este momento uniendo las piezas, representaciones lúdicas y gráficas de la historia que veníamos construyendo juntas desde hacía un tiempo.

Otro niño girando su ordenador y proyectando la cámara hacia el exterior me mostraba la terraza con barandilla que aparecía en una de sus pesadillas de comienzo de análisis en donde aparecía una persona que se proyectaba al vacío.

Otro niño con el que habíamos trabajado el tema de su curiosidad intrusiva en diversas oportunidades se parapetó perplejo ante la pantalla como quien mira el interior del cuerpo materno diciendo "*¿Sabes E lo que haría ahora? Meterme en la cámara para ver todo lo que no puedo ver de donde estás tú. ¿Es aquello un gato?*" Descubrí que mi gato se había colado en la habitación sin tener yo noción de ello.

He observado la puesta en escena, de zonas no exploradas, al menos de ese modo, de la vida de los niños, la activación de cuestiones de otra temporalidad en donde aparecen recuerdos que dan la oportunidad de poder ser abordados en el trabajo analítico.

Una niña pequeña dibuja en la pantalla del Squiggle del Zoom y mientras lo hace me va contando lo que hace porque ella está del otro lado y yo no. Dice: *E. te lo cuento porque tú no estás aquí.* Y a la vez transforma su dibujar en un juego de adivinanzas: *¿Sabes lo que es esto, E?* Y respondo, pero no acierto, finalmente era una cesta que contenía al principio algo que parece un huevo, pero es una piña como la casa de Bob Esponja debajo del mar. Dice que esta es una piña Señora y la pequeña de al lado una manzanita pequeña. Necesitan una cesta para estar juntas y poder hablar y comunicarse. Metaforizaba claramente nuestro actual modo de encuentro, en la pantalla-cesta. Enseguida pasa a contar cómo se sintió en el campamento de verano cuando estuvo sin su madre y que la cesta le hizo recordar en el reencuentro cuando volvió de ese viaje.

A la vez sacó fotos, me mostró su pantalla, el escritorio de su ordenador, que no era suyo sino de sus padres, como podía mostrarme a cámara rápida como hizo el dibujo. Clara referencia al tema de la temporalidad. Era sorprendente su destreza, a la vez que inquietante por los evidentes temas ligados a la

confidencialidad allí presentes: foto, nuestros dibujos en el ordenador de su padre o de su madre. El despacho era de su madre y estaba lleno de muebles con cajoncitos que se dedicó a abrir en uno de nuestros encuentros para mostrar los tesoros allí presentes. La cesta nos permitió trabajar su curiosidad epistemofílica acerca de lo que hay dentro, las adivinanzas también planteaban la misma cuestión. ¿Qué hay dentro de E? Del mismo modo que esto quedaba actuado en su curiosidad desplegada al abrir los cajoncitos en los que mamá guarda sus cosas.

La posibilidad de encuentro, de diálogo psicoanalítico, de trabajo desde el par transfero-contratransferencial es posible. Cuestiones que tienen que ver con ese espacio tan íntimo que construimos en nuestras consultas, la caja de juegos y las carpetas, nuestro armario donde las guardamos con celo esas producciones, ese espacio en el que los padres se mantienen en otro lugar donde la subjetividad del niño, sus fantasías y sus producciones durante la sesión son material que solo es de dominio de la relación entre el niño y el terapeuta necesitan ser pensadas y revisadas.

El lugar de los padres en el tratamiento de los niños es un gran capítulo para los psicoanalistas de niños cuyos padres son colaboradores y respetuosos con el encuadre también contamos con padres que no toleran la exclusión de ese espacio íntimo que construimos con el niño.

Son múltiples los temas a seguir pensando acerca de esta nueva implementación de nuestra práctica.

Elizabeth Palacios

Asociación Psicoanalítica de Madrid

25 de abril de 2020.

La subjetividad entre espectadores-protagonistas

Año 2020.

Se escuchan murmullos de fondo -murmillos de inquietud-. Un sonido se destaca del resto, más nítido, más agudo: el de la ansiedad, expresado a través de angustias, desasosiego, sustos de lo más variados.

No estamos preparados para caminar tan a ciegas, en suelos movedizos.

Desde Lo Vincular, la incertidumbre de la cual se fue pensando en los últimos años, no tiene una sola manifestación.

La incertidumbre puede producir perplejidad, puede propiciar sentimientos arrasadores. Hay a quienes les sobreviene un vértigo de ideas infernal, un espiral de dudas.

Para ellos o ellas, la incertidumbre recalca en la idea de transitar por la ruta de la vida sin GPS, ni Waze, sin brújula que guíe, volviéndose un estado de desesperación al descubrirse sin certezas, en un caminar un laberinto vivido como sin salida.

Pero la incertidumbre, puede ser también un desafío, promover interrogantes, deseos de encontrarse con lo no sabido, sentimientos vitales porque a partir de lo desconocido, se abren nuevas puertas y ventanas para construir, para pensar desde otras lógicas, para inventar.

Pensar el tiempo y el espacio

Estamos habituados a pensar el tiempo y el espacio organizados en pasado, presente y futuro. Es nuestra forma de vivir el mundo hasta hoy. La temporalidad lineal y progresiva. Habitamos un tiempo organizado, hegemoníicamente, que instituyó pasos a seguir para la evolutiva de una vida humana pre-diseñada.

Quizás ahora es cuándo podemos pensar que haya espacios y tiempos plurales, continuos, discontinuos, bifurcados.

No como flashbacks y flashfowards (saltos hacia atrás o hacia delante) que fue mostrando la ciencia ficción, sino tiempos en movimiento, sin intentar comparar lo que se está viviendo, con lo ya vivido, sin intentar forzar una predicción sobre lo que va a suceder.

De esta manera podríamos transitar la incertidumbre de otra forma, pensando el por-venir en clave de devenir y no de futuro.

Como dice Michel Serres en su Atlas²³, el «tiempo que hace», en lugar del «tiempo que pasa».

O, al decir de Deleuze: "Es el tiempo del acontecimiento (...) un tiempo pasado-futuro a la vez, que sobrevuela y genera los tiempos actuales y, con ellos, modos de vida diferentes al que se marca y reconoce desde el nacimiento a la muerte"ⁱ.

Ver el tiempo y el espacio en otro orden es también una herramienta clínica, para dejar de tratar de explicar causalmente el hoy con lo que era la vida ayer, y hacer lugar encontrarnos con lo novedoso que se va produciendo.

El porvenir no será resultante de opciones desde lo que se vivió en otros momentos exclusivamente. La determinación va haciendo lugar a los azares, a lo que se presenta, a lo que producen otros vínculos, se abren otros horizontes.

ⁱ AMANDA NÚÑEZ GARCÍA, Pensar El Porvenir, Revista Internacional De Filosofía, Suplemento 3, 2010, 107-115 ISSN: 1130-0507 Gilles Deleuze.

Explicar lo que pasa

A diario, desde los medios masivos o alrededor de la mesa, las teorías y especulaciones conquistan el espacio-tiempo.

La figura de "vivir una guerra" como explicación de lo que sucede en esta época de pandemia, sólo nos ha llevado a la búsqueda de un enemigo.

Las teorías conspirativas, los saberes reproducidos hasta el hartazgo, la búsqueda de certezas de A entonces B, que nos ubique de un nuevamente en un pensamiento binario, que no tiene en cuenta la complejidad crea una distracción, bloquea el seguir interrogando, problematizando.

Cómo pensar lo que ha quedado expuesto hoy.? ¿Cómo pensar las vidas pauperizadas, no sólo económicamente, las relaciones minimizadas en su intensidad, los espacios ocupados pero no necesariamente habitados desde experiencias afectivas?

Nos encontramos en la clínica con estados emocionales que dan cuenta de bloqueos afectivos e intelectuales, angustias paralizantes.

Maquinaciones parasitarias y frustrantes que envuelven relaciones empantanadas en sufrimientos interminables.

De modo que ni enemigos afuera, ni ineptos adentro. Estamos convocados a crear, investigar qué nos afecta y cómo. Como nos afectamos.

El llamado "aislamiento", deja expuestos enclaustramientos que no tienen que ver con los espacios, sino con modos de hacer, de estar, de relacionarse.

Hay circulando una convocatoria a avenirse a lo que sucede, en clave de adaptación, miles de tips, para estar supuestamente mejor.

No se trata de que algo está pasando fuera de nosotros y entonces debemos adaptarnos a esas condiciones.

Se trata de poder salir de un supuesto lugar, donde nos hemos quedado inmobilizados sedentariamente, creyendo que es el único lugar donde se puede vivir.

Se trata de no apelar a la resignación, sino a una desterritorialización que permita habitar la vida desde una multiplicidad de posibilidades.

La situación actual, ha dejado expuesta en carne viva, aquellas condiciones de existencia naturalizadas o sea aquello que deja de registrarse, que no requiere interrogación.

Lo nuevo no tiene definición inmediata, requiere transitarlo, ir haciéndolo.

Es indudable que lo más difícil es no estar esperando pasivamente que algo se defina desde soluciones que se ofrecen como manual de instrucción a seguir.

Protagonistas de la historia

Sostiene Savater: "La catástrofe de la sociedad contemporánea es producir un tipo de relación con el mundo: la posición del espectador y la víctima.

La verdadera catástrofe de la sociedad moderna no es un acontecimiento por venir, ... sino un tipo de relación con el mundo: la posición de espectador, la subjetividad espectadora"ⁱⁱ.

El término espectador procede del latín *spectator, spectatoris*, que significa el que tiene el hábito de mirar y observar, contemplar.

En la contemporaneidad, hay muchos espectadores y opinadores pero no demasiadas acciones que no sean solo desde la posición pasiva de un mirar, sin afectaciones.

"El espectador no entra en contacto con el mundo, lo ve frente a sí. Desde un

ⁱⁱ Amador Fernández-Savater Tener Necesidad De Que La Gente Piense
[Http://Revistapedagogicanuevaescuela.Blogspot.Com/2018/09/La-Catastrofe-De-La-Sociedad.Html](http://Revistapedagogicanuevaescuela.Blogspot.Com/2018/09/La-Catastrofe-De-La-Sociedad.Html)

“mirador”ⁱⁱⁱ.

Giorgio Agamben dice que es difícil ser testigo y protagonista al mismo tiempo. Pero este tiempo nos desafía a vivir una realidad y al mismo tiempo pensarla.

La figura del espectador nos encuentra en un mundo que hoy nos convoca a estar continuamente con las pantallas.

Esto en sí no es negativo o positivo, pero esta convocatoria no requiere estar necesariamente en piloto automático.

Espectador y Protagonista están en tensión. La producción de subjetividad es epocal y compleja.

¿Cómo plantearnos otra posición de espectador, que propicie simultáneamente un protagonismo (en griego significa lucha) una posición que se conmueva, que estimule pensar, elegir?

Un director de teatro argentino, Guillermo Cacace dice así respecto de los espectáculos que dirige:

“Pretendo que la gente quede casi inhibida de construir rápidamente una interpretación racional de lo que pasa.

Pretendo que asista a una experiencia sensible que por esa misma vía aporte niveles de comprensión y composición cuya puesta en palabras resulte siempre insuficiente.

Porque me gusta trabajar para que el público sea artista por un rato y arme la pieza con nosotros más que sentarse a hacer lecturas.”

Esta posición implica, una resistencia a la subjetividad espectadora anestesiante.

La realidad Coronavirus, nos ha puesto en contacto con lo que se pensaba inmovible de la vida contemporánea.

ⁱⁱⁱ Kleiman S, Conferencia SPF, 24-04-2020 SPF Perú Lima

Nos ha puesto en contacto como desde ese entre nosotros, propuesta de Lo vincular, es que podemos sostener la vida.

Dice el poeta Octavio Paz, "La vida no es de nadie, Todos somos la vida"^{iv}.

Sonia Kleiman
Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires
Abril 2020.

^{iv} Octavio Paz (poeta) Piedra De Sol 1914 - 1998

Amigarse con lo incierto... tal vez...

Tal vez consigamos ir abriendo ventanas que dejen entrar aire nuevo o aires cargados de moléculas invisibles...

Tal vez podamos devolverle al futuro su cualidad apasionante en tanto motor de nuestras vidas...

Tal vez dejemos abierto los caminos para que el futuro no sea repetición ni elaboración, sino algo abierto iluminado por alguno de los muchos soles que encandilan nuestras vidas, sin que lo hayamos advertido...

Tal vez podamos quebrar la creencia que hay un solo centro y por lo tanto un solo sol dotado de fuerzas mágicas...

Tal vez podamos descentrar el psicoanálisis, lo que conlleva la posibilidad de tener en cuenta que hay muchos orígenes que no forman parte de un conjunto armónico, y que cada instante es siempre sorprendente... en cada uno se activan lógicas de producción subjetiva propia, las que siguen los rumbos de temporalidades múltiples...

Y entonces ya lo que solemos llamar la infancia tan cargada de futuro supuestamente previsible pueda perder su lugar hegemónico.

Tal vez encontremos como nombrar a ese mundo que parpadea, que cambia todos los días, y podamos entonces aceptar que cada momento da origen a algo que no estaba y que en el mejor de los casos tendrá que convivir con las estatuas que pueblan nuestros territorios...

Y entonces tal vez podamos escuchar las nuevas voces sabiendo que contienen un mensaje propio, que no pertenecen a un idioma universal, el de

los cuerpos teóricos del psicoanálisis que cada uno creó... y que nunca podrá ser el idioma original... el que llamamos el lenguaje materno.

¿Cuál será el original...? ¿El de cada momento o el de un tiempo mítico? El propio pero que también es múltiple. No hay un solo centro ni un solo origen para nuestro advenir psicoanalista pero, sin embargo, nombramos algún autor favorito que avala nuestro pensar de hoy como si necesitáramos un padrino que nos reconozca como sujeto serio. Cada uno tiene alguien, una lectura, un autor, que lo autoriza a ir siendo como es o como va adviniendo. Para más, creemos que si nos autoriza -por ejemplo, Freud, el nuestro- entonces hemos logrado crear un idioma universal. Y en ese caso, si bien los Corona nos desconcertaron y se dice con frecuencia que está pasando algo nuevo, en realidad lo nuevo se lee con los instrumentos antiguos...se discute si lo que está sucediendo se puede leer en clave de traumas. Y entonces se recurre a la historia de varios traumas para aplicarle el método que aliviaría de la angustia... o se dice que lo que está pasando es una guerra y así se denuncia la pobreza de esa metáfora. Los Corona no nos declararon la guerra...tienen hambre... Pero ¿dónde poner lo que suscita una noticia como que en una villa miseria se ha cortado el agua pero se recomienda a sus habitantes que se laven con frecuencia las manos con jabón? Y, sobre todo, que se mantengan a distancia unos de otros... Acá política y cotidianeidad denuncian fallas...

Tal vez esta incongruencia nos deje la mente descolocada... o estallada en mil pedazos y pretendamos, para palear esos efectos, encontrarle una coherencia imposible... porque esto no es un juego de ficción sino algo que sucede y que crea futuros temibles. Hoy los Corona han creado un nuevo lenguaje lleno de incertezas pero se suele escuchar comentarios que niegan este temible estado y que dejan entrever que anhelan poder volver a lo que tenían antes. "Cuando podamos volver a..." "Cuando esto se termine..." ¿se podrá volver y hacer andar la flecha del tiempo en otro sentido? ¿Hay algo que se termina o hay situaciones que se desactivan y pierden sentido? ¿Es útil la máquina de escribir eléctrica en la que se escribe una carta que hay que llevar al correo, ponerle una estampilla y esperar que el cartero la deposite en un buzón en

nuestra casa...? Algunos postulados psicoanalíticos se crearon o se parecen a la época de la máquina de escribir porque no tienen en cuenta ni la inmediatez, ni las redes sociales que parpadean..., ni la superposición de situaciones, ni las diversas temporalidades, ni el lugar del Ipad en la cuna del bebe, el que ulteriormente nos enseñará a no temer los cambios de encuadre los que para nosotros son cambios pero que para los niños son actuales y útiles.

Para poder conversar con otro/s/es hay que respetar su alteridad infranqueable y frases como "es lo mismo que pienso, pero agrego..." lo que entonces tal vez permitiría que podamos entablar un dialogo lleno de incertezas o darnos cuenta que hay un trabajo para hacer que nace de la diferencia ineludible entre dos o más... diferencia que tuvo muchos significados en diferentes textos psicoanalíticos y científicos pero que, en general, no parece poder ser usada creativamente en la vida diaria... ya que sigue teniendo una valencia negativa... "sino es como lo pensé, no sirve o no sé qué hacer con ello...".

Tal vez mi esperanza es que hoy se pueda poner énfasis en descubrir qué hacer con lo diferente, la diferencia, sin que ello deba ser resuelto armónicamente. No hemos aprendido a convivir en lo múltiple. Suele pasar que al escuchar un comentario que no coincide con lo que uno pensó se le agrega algo para que coincida o lo complete y entonces pierda la riqueza de la producción de sentido a partir de la diferencia radical. No solo pierda sino que ensombrezca el potencial creativo de cualquier diálogo. Se suele confundir diálogo, conversar, con monólogo dialogado. Conversar es escuchar algo inesperado y tal vez descubrir que la Diferencia es cada vez más activa y creadora de curiosidad insaciable, así como de ignorancia. Cuando en un vínculo el intercambio no activa la curiosidad algo se apaga...y en este momento los Corona han logrado sorprender... hagamos algo con la sorpresa....

Janine Puget
Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires
Abril 2020.

VENTANA 8

Dialogando acerca de lo nuevo con lo que nos encontramos los psicoanalistas



“La condition Humaine”

Le problème de la fenêtre donna La Condition humaine. Je plaçais devant une fenêtre, vue de l'intérieur d'une chambre, un tableau, représentant exactement la partie de paysage masquée par ce tableau. C'est ainsi que nous voyons le monde. Nous le voyons à l'extérieur de nous-mêmes et cependant nous n'en avons qu'une représentation en nous. De la même manière, nous situons parfois dans le passé une chose qui se passé au présent. Le temps et l'espace perdent alors ce sens grossier dont l'expérience quotidienne et seule à tenir compte.

(R. Magritte, “La Ligne de Vie II” -février 1940)

Deseo comenzar destacando la importancia de esta reunión para comunicarnos entre nosotros y poder dialogar acerca de lo que estamos viviendo.

Concuerdo ampliamente con la proposición de Janine Puget (Puget J., 2020), quien propone que estamos viviendo un acontecimiento, que es un momento para pensar y que se trata de conversar entre varios y hablar cada uno de su realidad. Y ella dice que esta posición nos lleva a evitar el decir: “Ya lo

conozco”, “Sé de qué se trata”... En lugar de saber esperar y ver si en lo oscuro se puede descubrir algo nuevo.

Pienso que un *acontecimiento* ha invadido nuestras vidas y nuestra tarea. Un ser invisible, llamado corona virus, puede llegar a matarnos, y, este hecho produce una enorme incertidumbre social que se suma a la incertidumbre interna de cada sujeto. Asimismo, este *acontecimiento*, nos conecta con la cotidianidad de la muerte.

Es un *acontecimiento*, abierto a muchas posibilidades, pero que por ahora no las podemos saber.

Un *acontecimiento*, como dice A. Badiou, es creación de una posibilidad que se ignoraba. (Badiou A., 1988) El *acontecimiento* irrumpe y habrá que ver y pensar cuales son las consecuencias que produce esa ruptura. Para ello necesitamos tiempo, por ahora lo vivimos y sentimos y decimos lo que está pasando, pero yo no sé qué va a pasar en un futuro.

Ahora bien, sí sé que hay una invasión de la realidad que se impone y nosotros analistas que trabajamos en el registro de la representación y de la simbolización, vemos que estas posibilidades en muchos casos continúan realizándose a pesar de los cambios impuestos por la realidad en el encuadre.

Analizando que se mueven en la lógica de lo traumático y en el mundo de las asociaciones. Por ejemplo, situaciones de duelo: una mujer de 60 años que tiene un marido de 64 años que en este momento está ingresado en una residencia a causa de un alzhéimer avanzado. En la actualidad no puede visitarlo y la situación presente desencadena en ella una angustia de pérdida por un sujeto “muerto-vivo”.

Otros, en mi experiencia actual, se sienten amenazados, reactivándose en ellos el predominio de funcionamientos primitivos. Por ello y en este momento, encontrarse con algunos pacientes implica un esfuerzo por parte nuestra.

Se trata de pacientes que se mueven sobre todo en el sistema conectivo, diría Julio Moreno.

El proceso asociativo transcurre entre representaciones, por ejemplo, el soñar, ilustra el funcionamiento asociativo. En cambio, el funcionamiento conectivo, prescinde de la representación y del significante y trabaja con lo que se presenta eludiendo las redes lógicas de la representación. (Moreno J., 2002). Pienso que en la escucha de estos funcionamientos psíquicos deberíamos favorecer por nuestra parte, un ir y venir entre los dos sistemas para que poco a poco se vaya produciendo una integración, si es posible.

Estos dos sistemas, *asociación* y *conexión*, actúan en todo proceso de subjetivación. Esto se pone de manifiesto en muchos análisis de "estados mentales" adolescentes, en que se escucha el proceso de re-subjetivación. El sistema conectivo capta el afuera sin necesidad de comprenderlo, funciona parecido a una cámara fotográfica que capta el afuera sin necesidad de comprensión, y es importante poder escuchar también este funcionamiento y así distinguir entre captar algo y comprender.

Por ejemplo, Pedro hombre casado de 40 años, está invadido por los efectos del presente. Realizamos dos sesiones semanales por teléfono.

Es un hombre con una vulnerabilidad importante que va desarrollando cada vez más una red de simbolización y pensamiento.

En las sesiones actuales, se dedica fundamentalmente a hablar de las cuestiones relacionadas con el Covid19. Lee mucha información y me la trasmite de manera permanente. Describe hechos de la realidad externa, sus imágenes no se asocian y la información no se enriquece como un diálogo. También me cuenta que él está tranquilo, pero duerme poco, se despierta muy temprano y no puede volver a dormir.

Por mi parte, en una escucha "libremente dirigida", voy intuyendo que tiene un alto nivel de angustia y que no duerme bien por su preocupación relacionada con su mujer embarazada. Trato de ligar esta situación con el insomnio para intentar, si es posible, profundizar en sus miedos, pero la respuesta no va más allá del temor a que ella se enferme y continúa con una información acerca de las mujeres embarazadas y nacimientos de bebés que

han cogido el virus.

Toda la información es verdadera, lo que dice el Times, The Guardian, El Confidencial, etc. Y fuimos viendo que tenía mucho miedo del contagio porque a su mujer le tenían que hacer una ecografía. Se la hicieron en un hospital privado, fueron ellos solos no había otros pacientes y el resultado fue positivo.

Mis intervenciones estaban relacionadas, con conectar presentaciones circulantes en el afuera. Pienso que en estos casos necesitamos de intervenciones que no solo remitan a conflictos inconscientes o infantiles-adolescentes; sino también, de intervenciones que den importancia a lo que implica vivir en "arenas movedizas", es decir en los efectos del presente. (Puget J., 2015) También iba nombrando sus vivencias.

Poco a poco Pedro volvió a dormir bien, pero cualquier intento por mi parte de ir un poco más allá de ligar cuestiones de su discurso, me responde con algo de la realidad externa.

Desde mi posición, creo que la mejor tarea a realizar es poder ir haciendo, con mucha paciencia, un trabajo de ligadura para favorecer la simbolización y la integración en su realidad psíquica. Ir posibilitando un entramado psíquico que pueda metabolizar lo vivenciado, y, poder así, ser significado y pensado.

Transformar las vivencias en experiencias que constituye el eje del trabajo de simbolización y significación. (Olmos de Paz T., 2009-2012)

La significación requiere de una metabolización de lo vivenciado para transformarse en experiencia, en "acumulación de pensamiento" diría Bion. (Bion W., 1965)

Por otra parte, yo diría que la mayoría de mis pacientes, a pesar de las alteraciones del encuadre, se sienten sostenidos a la vez por él. Una presencia receptiva, con capacidad de espera, preservan al analista como objeto transferencial y ellos continúan un verdadero proceso analítico. Veremos dentro de un tiempo cuales son los efectos de este *acontecimiento* en la realidad psíquica de nuestros pacientes y de nosotros mismos.

Me ha llamado la atención la flexibilidad que han mostrado los adolescentes que han elegido continuar por Skype o por face time. Casi ha sido en este caso más problemático mi trabajo de contratransferencia, sobre todo al principio, cada vez que se abría la pantalla, yo miraba cosas diferentes en sus lugares y aparecía una cara en la pantalla. Me preguntaba también que mirarían de mí en un espacio distinto, porque me refiero a adolescentes entre 18 y 25 años que todos están en diván. Todo ello me pasaba, a pesar de yo tener experiencia con algunos análisis que tuvieron que continuar vía Skype.

Hay otra cuestión que me parece importante no olvidarla, porque produce muchas veces problemas en el vínculo transfero-contratransferencial.

Se Trata de fenómenos que produce la realidad externa común al paciente y al analista. Para definir la zona del mundo en común, J. Puget y L. Wender, hace muchos años (1982) la llamaron "mundo superpuesto". En esta situación se pueden producir interferencias en el vínculo analítico.

Decían los autores que, "el discurso manifiesto de los pacientes cayó dentro de un registro de "noticia, información o chisme" que pervirtió inconscientemente el vínculo analítico". "...La tentación de "corregir" informaciones amenazaba el interpretar convirtiéndolo en una rectificación". Asimismo, señalaron, aludiendo a la metáfora, que ese "material discursivo ingresará por un orificio diferente del proveniente del mundo objetal ajeno y "puro" de las primeras relaciones del paciente y de su anecdótica". Y esto los llevó a plantear que "toda vez que la realidad externa común aparece en el campo analítico con sus datos puede producir transformaciones y distorsión en la escucha del analista en cualquier tratamiento". (Puget J., Wender L., 1982)

Por último, quiero aludir a ciertas situaciones con algunos pacientes que resulta difícil delimitar con nitidez el campo analítico del campo de la realidad externa. Por ejemplo: una paciente está indignada y se queja en la sesión de que una persona, otra mujer en el supermercado, toca la fruta y la vuelve a colocar y se queja largo rato de otras situaciones parecidas. Es difícil en este

tipo de situaciones tan reales, decirle por ejemplo que su enojo y su angustia quizás tenga que ver con su madre, aunque fuera muy verdadera esa intervención en relación a su realidad psíquica. También la queja en la relación conmigo.

Y muchas cosas más... Ojalá de aquí un tiempo podamos escuchar los efectos que ha producido este *acontecimiento* y nos enriquezcamos con elementos nuevos en nuestro pensamiento analítico.

Teresa Olmos de Paz
Asociación Psicoanalítica de Madrid
Video conferencia organizada por la APM el 8 de Mayo de 2020

Trauma y Coronavirus: Apuntes para pensar la mente frente a la incertidumbre

"*Convierte tu muro en un peldaño*". Rilke

Introducción:

Situaciones graves como la actual pueden reactualizar en nosotros miedos originales que creíamos manejar con más o menos éxito en momentos de calma. Se trata de circunstancias donde se hace evidente nuestra fragilidad narcisista, como así también la del lazo social, ambas siempre expuestas a perderse.

Esta fragilidad no tiene que ver solo con el Coronavirus y su capacidad destructiva, pues el yo mismo siempre expuesto a perder su ilusoria integridad y estabilidad, vuelve a tambalear... *resulta un caldo de cultivo en donde el Otro puede fácilmente convertirse en un prójimo ajeno y peligroso...* (Jorge Catelli).

En términos generales diremos que la mente tiene poca capacidad para manejar la incertidumbre y poder significarla. Nuestra posibilidad de pensar queda suspendida. La dificultad radica en crear nuevas significaciones y marcas significantes frente al desconocimiento. La situación global que estamos viviendo es un buen ejemplo de esto. No tenemos antecedentes en nuestras generaciones, ni en las precedentes recientes. Tampoco existía antes un mundo globalizado (en el buen y en el mal sentido), con el acceso a la información minuto a minuto. Al no contar con elementos conocidos para enfrentar la incertidumbre, apelamos a distintos recursos defensivos: la

“desmentida” (creer que esto no está sucediendo), la “omnipotencia” (esto a mí no me va a pasar) o la paranoia (culpar a los otros, los políticos, los chinos, a Trump o a los que viajaron a Europa o USAⁱ)

La Novedad y la Historia:

Cuando algo radicalmente nuevo (y amenazador) aparece, se corta la linealidad de la historia. Se rompe el tiempo cronológico y surge un tiempo de ALTERACION (Castoriadis).

A partir de las nociones de Badiou, en el campo de la Historia, Ignacio Lewkowicz propuso que la NOVEDAD se puede configurar al menos de tres modos:

1. Como TRAUMA. Es el desborde cuantitativo que colapsa temporalmente la capacidad de procesamiento de los organizadores simbólicos. Lo emergente perturbador al no inscribir marcas capaces de transmutar la estructura, colapsa transitoriamente dicha capacidad.

Con el tiempo se restituye el orden, ya que la estructura previa, aparentemente colapsada, guardaba en algún lugar la capacidad de procesarlo. Se produce una *interrupción momentánea*, en la que se movilizan una serie de recursos. Todo volverá a la normalidad anteriorⁱⁱ.

2. Como ACONTECIMIENTO marca un antes y un después, pero no sabemos cómo será ese después.

Sobreviene algo en el centro mismo de una estructura. No basta con gestionar con las cualidades dadas, hay que inventar otra cosa, una marca suplementaria, algo nuevo porque el exceso no le alcanza a la estructura. El acontecimiento nombra ese término suplementario que puede procesar a la vez los términos previos y lo que ha sucedido. La alteración no ha sido *temporaria (trauma)*, sino *estructural*. No ha

ⁱ Recursos que forman parte también y hasta de modo salvaje por los medios publicitarios y sociales.

ⁱⁱ Frente al desborde de un río se produce una inundación tal que requiere solo un tiempo de espera hasta que las aguas vayan bajando.

habido una interrupción acotada del curso regular de los hechos, ha habido una alteración de los parámetros que organizaban la experienciaⁱⁱⁱ.

3. Como CATASTROFE. (Catástrofe: griego. Mudanza súbita, Alteración súbita desarreglo, un quiebre en el orden regular de las cosas). Situación en la que ninguna marca previa sobrevive por la eficacia del aluvión. El desarreglo en los actos es intratable, y por lo tanto ninguna marca simbólica previa tiene capacidad para operar. Se trata de un desastre natural, algo de lo real que escapa a nuestra regla de cálculos. La insistencia de la fuerza perturbadora no logra inscripciones, marcas que lo hagan admisibles. Resulta un exceso incapaz de ser ligado, produciendo una *caída de la estructuración anterior*^{iv}.

Perspectiva Metapsicológica:

Esta compleja situación nos obliga a tener que tratar con el problema de la "cantidad". La realidad nos ha invadido con cantidades traumáticas que inundan al aparato con una magnitud tal que hace imposible su cualificación, su significación. Al lidiar con cantidades puras estamos en la dimensión del "Más allá del Principio del placer".

Nuestro objetivo terapéutico consiste en acompañar a este aparato inundado, tratando de construir niveles de elaboración, niveles de ligadura para que no trate solo con cantidades imposibles de manejar, para ayudarlo a entrar en la lógica significativa del Principio del placer, pues se ha perdido su transferencia (entendida como pasajes de carga entre sistemas), y con este, su posibilidad de pensar. Y aquí los psicoanalistas tenemos un lugar importante: Sabemos que no serán *momentos de psicoanálisis* "puros" si vale la expresión, (descomposición de una estructura en sus elementos constitutivos, a través del levantamiento de represiones y retorno de lo reprimido), sino *momentos*

ⁱⁱⁱ La magnitud de la inundación requiere la construcción de nuevos diques para contenerla.

^{iv} La inundación arrasa con toda la región, que queda sumergida bajo las aguas. Nada queda en pie, (tal como sucedió en la ciudad de Epecuen en 1985).

psicoterapéuticos de rearmado del aparato, de "Psico-síntesis" y diferenciación que solo un analista está en condiciones de considerar. El aparato en su conjunto no mantiene su integridad y posibilidad de transferencia de carga entre sistemas. Nuestro aliado entonces no será el Inconsciente reprimido a descifrar. Debemos colocarnos del lado del yo del paciente, acompañando a la elaboración a través de estos primeros niveles de ligadura (*Abordaje psicoanalítico de las Patologías Narcisistas, R. Avenburg*).

Psicoterapia y Psicoanálisis:

En lo personal esta es mi manera de concebir nuestra práctica en general, la cual me ayuda especialmente en estos momentos: Concibo el análisis como el encuentro privilegiado de dos personas para pensar sobre una de ellas. Frente a la inundación de lo traumático, la incertidumbre hace que se suspenda algo de esta posibilidad de pensar. Son "momentos de psicoterapia". De estos, surgirán algunos otros (pocos) de encuentro introspectivo, privilegiados "momentos de análisis" (*Felisa Fisch, comunicación personal*). Esto será solo posible, en tanto se haya podido transcurrir un tiempo favorecedor para este encuentro. Y solo así se podrán lograr encuentros de mayor insight y elaboración.

Estos a su vez se pierden fácilmente volviendo nuevamente a la lógica proyectiva, siempre al acecho. El trabajo analítico tiende a que de a poco se logren cada vez más y mejores momentos de genuina introspección introyectiva. Esto en mi experiencia requiere la presencia de un analista activo en su función. Un analista dispuesto a preguntar mucho, con la intención de abrir un posible campo de trabajo y ejercicio de revisión de creencias. Un analista que invite a revisarlas, que genere sobre todo "construcciones" en términos de posibles hipótesis causales, y algunas (tal vez pocas) "interpretaciones". Será el paciente quien podrá arribar a posibles respuestas con mayor convicción, pero sin certezas y en un ámbito de descubrimiento. Todo esto puede lograrse dentro de una atmosfera que se percibe basada en

un verdadero clima de trabajo y adulto intercambio. Privilegiados momentos en los que el analista (quien realmente no sabe) trabaja invitando a pensar al paciente. A partir de esta actitud de interrogación, el paciente con una mayor convicción arribara a sus propias respuestas, recuperando algo de la posibilidad de pensar que había quedado suspendida.

Algo respecto al saber:

Siempre creemos que, aunque supuesto e ilusorio, el SABER en algún lugar está y alguien lo sostiene y nos permite confiar en él.

Frente a una situación amenazadora parte de la dificultad se plantea cuando no lo encontramos a este saber ni siquiera encarnado en ningún lugar, no hay nadie confiable, lo cual trae un sentimiento de desamparo consiguiente. Podemos pensar que aquí es donde el Estado puede -y debe- ocupar un papel fundamental.

Pero nuestra mente oscila entre la insuficiencia del saber y una posición omnipotente y omnisciente, fanática de las creencia propias y ajenas. El riesgo siempre temido es la atribución de conocimiento total en un posible líder mesiánico a quien se ubique como salvador, en tanto el grupo lo busca para participar de su omnisciencia^v.

Posibles perspectivas:

Este presente difícil es asimismo una oportunidad. La incertidumbre es algo con lo que tenemos que lidiar siempre y bajo cualquier circunstancia.

El hoy, podrá ser una oportunidad para hacer de esta experiencia un verdadero "acontecimiento", una novedad sin certezas, con otro orden temporal en el que todos estamos igualmente involucrados. Tal vez permita la creación de nuevas ligaduras, nuevas marcas significantes que nos ayuden

^v Recurso apocalíptico utilizada hoy por muchos politólogos.

a pensar la novedad y la necesidad de los lazos sociales más consistentes y genuinos. Esto implica, además del papel insoslayable del Estado, la responsabilidad para poder pensar estos fenómenos y salir enriquecidos de la experiencia.

Apelamos a que la misma no sea trauma puro, sino una oportunidad para *pasar de "cuidarse del otro", a "cuidarse con los otros"* en tanto dimensión de *responsabilidad subjetiva* (J.Catelli).

Como dijera el poeta, se trata de *"Convertir tu muro en un peldaño"*. Ese es hoy nuestro gran desafío.

Marcos A. Korembli
Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires
Mayo de 2020

Conversando con la incertidumbre: Una mirada psicoanalítica a la pandemia

Una de las anécdotas que ha circulado ampliamente en medio de la pandemia es de la antropóloga Margaret Mead cuando un estudiante le preguntó que cuál era, a su juicio, el hallazgo que evidenciaba el comienzo de la cultura. Esperando escuchar algo como potes de arcilla o cabezas de flechas, el estudiante se sorprendió al escuchar “un fémur roto que fue curado”.

La pandemia ha servido para subrayar la íntima conexión de la humanidad entera. La manera en que los hábitos alimenticios, los sistemas de gobierno, los medios cada vez más veloces de transporte, y hasta nuestra manera de saludarnos, influyen en el curso de un virus que ha detenido a todo el planeta. El virus ha puesto de rodillas al poderío humano: se detuvo el comercio, las olimpiadas, los aeropuertos, las protestas públicas y más.

Sumado a las consecuencias de la salud de los contagiados, los sistemas sanitarios, la economía mundial y las adaptaciones a la vida cotidiana que ha exigido la pandemia, ha habido un repunte a nivel mundial de trastornos de ansiedad¹. Por ende se les pregunta a los profesionales de la salud mental: ¿cómo se lidia con las angustias que todo esto despierta?

Circulan muchas recomendaciones², ideas, gestos salvadores, actos creativos que dan cuenta de que, en lugares geográficos con mayor piso de respuesta social, los daños ciertamente están, pero el músculo creativo se reinventa al servicio del otro y de uno con el otro y del sí mismo. Muchas de las

¹ <https://onlinelibrary.wiley.com/doi/full/10.1002/mhw.32295>

² <https://www.bbc.com/mundo/noticias-51908567>

recomendaciones, útiles sin duda³, se anclan en el terreno de las acciones concretas y conscientes que podemos incluir en nuestras rutinas para sobrellevar la angustia, el tedio o el conflicto que desata las medidas de protección que han alterado nuestras vidas.

Creemos, sin embargo, que puede ser útil tomar un paso al costado y escucharnos desde otro lugar. Hay por lo menos dos elementos fuera de las prescripciones más concretas que valen la pena considerar. El primero, es que la pandemia nos ha colocado de manera dramática frente a la vulnerabilidad humana. Ante esto, algunos han querido continuar como si nada, como los presidentes de Brasil y México, besucones desafiantes, que parecerían estar en negación de los riesgos que implica el COVID-19. Lo cierto, es que desde el Príncipe Carlos hasta los plebeyos estamos expuestos. La omnipotencia no está resultando buena consejera.

A la vulnerabilidad se le suma una gran cuota de incertidumbre. Nuestros parámetros de control han sido trastocados. Hay recomendaciones que nos pueden ayudar a sobrellevar el día a día, pero inevitablemente necesitamos escuchar y articular el temor que surge. El miedo, lo sabemos pero se nos olvida, es una alerta que necesita ser atendida, para poder prepararnos para lidiar con una amenaza. Saber lidiar con el miedo sin negarlo, pero sin quedar sobrepasado por el desespero, es parte de la tarea.

La escucha y el esfuerzo por darle palabra a nuestro mundo interno, es parte de una solución que lidia con la incertidumbre sin pretender tener las respuestas de antemano. Una de las maneras en que la psicoterapia psicoanalítica ha sido descrita es como una "conversación con la incertidumbre"⁴. La gran verdad, es que ni los expertos tienen la respuesta completa de las dimensiones del problema ni de su solución. Lo más probable es que tengamos que hablar y escucharnos para descifrarlo en conjunto.

³ <https://www.paho.org/hq/dmdocuments/2009/Pandemia%20de%20influenza%20y%20Salud%20mental%20Esp.pdf>

⁴ Wiley, R. (1992). *Conversing with Uncertainty*. Hillsdale: The Analytic Press.

Lo que estamos diciendo, y que lleva al segundo elemento, es que el problema tiene que ver con la interdependencia humana, y su solución, probablemente también. Una de las medidas preventivas curiosamente se ha llamado "distanciamiento social", cuando lo que necesitamos es distanciamiento físico, pero no social. Tanto por el proceso de concebir soluciones a un problema de dimensión sistémica, como por el funcionamiento biológico individual: la conexión humana es esencial. Sabemos que el sistema inmunológico está íntimamente relacionado con la vinculación interpersonal⁵, la soledad nos hace más propensos a enfermar.

Nos estamos quedando en casa, aunque parezca paradójico, como gesto de profundo reconocimiento del otro. Nos quedamos en casa, para cuidar a los demás tanto como a nosotros mismos. Nos quedamos en casa, porque el bienestar del otro es indispensable para el bienestar nuestro. Visto así, nuestro encierro no es aislamiento. Las redes de solidaridad, para estar atentos a las personas de nuestro vecindario que no se pueden valer por sí mismas, el comunicar nuestra preocupación por el otro, el pedir ayuda, la música en los balcones o los aplausos a los operarios de salud, son gestos indispensables de conexión humana, necesarios para mantenernos sanos y cuerdos.

No olvidemos finalmente que los riesgos y las desventajas tienden a multiplicarse, por lo que, aquellos que vienen arrastrando desventajas, están ahora en una situación multiplicada de riesgo. Los que tienen alguna situación previa de vulnerabilidad, por edad, por salud, por pobreza, por red de apoyo limitada, están mucho más expuestos y haremos bien en pensar en el problema priorizando las necesidades de aquéllos que la van a sufrir más.

La cuarentena es un alto obligatorio que puede ayudar a hacer un paradero en una vida que no deja de exigir apresuramiento, un llamado a abrir espacios para la reflexión, para recalibrar nuestras prioridades y para hacernos más conscientes de nuestra interdependencia, nuestra necesidad del otro,

⁵ <http://sciencehealthandmore.com/loneliness-and-health-effects-on-the-immune-system/>

fomentar nuestra capacidad de construir la cultura en los términos que propuso Margaret Mead.

Grupo de Estudio Online: Psicoanálisis de Cara a lo Social.

Manuel Llorens, Magister en Psicología comunitaria;
Alicia Leisse, Carmen Elena Dos Reis, Claudia Álvarez, Yone Álvarez y Margot Brandi,
Psicoanalistas de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas.

El virus que cambió nuestras vidas

Cuando la Humanidad que tiene al planeta Tierra como casa común parecía estar en un momento culminante de desarrollo y conquistas a todos los niveles: social, cultural, económico... de modo repentino, sin avisar, surge un elemento que, si bien no cabe considerarlo nuevo, puesto que en ámbitos científicos ya había sido observado e identificado, sí lo ha sido la forma intrusiva, voraz y letal con la que se ha instalado entre nosotros, haciéndonos vivir una realidad distópica. Se trata de un microorganismo que ha sido nominado como Covid 19 o Coronavirus. Con ambas denominaciones ha entrado en nuestras vidas un virus que ha trastocado el "orden establecido", ha hecho que se impongan medidas restrictivas, tanto que incluso estas medidas han establecido frontera con derechos ampliamente reconocidos y defendidos, tales como, por ej. el de las personas a circular libremente, a relacionarse estrechamente con los suyos, y en definitiva, a participar en la vida social en interacciones mutuas. El enorme poder científico y tecnológico tiene también un efecto perverso: el de que creíamos que lo podíamos todo, y en este punto la Naturaleza nos impacta con un golpe de realidad y nos pone en nuestro sitio, haciéndonos tomar conciencia de nuestros límites.

Ni mucho menos planteo que hubiera un mundo feliz anterior a la llegada del virus. Enemistades, odios, agresiones al medio ambiente, injusticias, abusos, hambrunas, guerras y otras muchas catástrofes y calamidades nos han acompañado y siguen presentes desde el principio de los tiempos. Entonces ¿por qué este invisible agente ha causado y producido la reacción global de peligro que, de un día para otro, ha hecho que diéramos un giro a nuestro modo de vida? Tomo prestadas unas reflexiones de nuestro veterano filósofo D. Emilio

Lledó cuando dice a sus lúcidos 92 años: *"De repente, mi cabeza se ha llenado de recuerdos de guerra. Yo era un niño, pero me vinieron imágenes muy vivas. La misma inseguridad. Los hábitos de miedo: no salir a la calle, protegerse, ponerse a cubierto. Pero aquel era un miedo concreto, sabíamos quién era el enemigo. Sin embargo, éste es un miedo abstracto, difuso, extraño. Por eso estamos tan desconcertados y éste es el gran problema. El desconcierto no ayuda a pensar bien, cuando lo que más necesitamos en este momento es justo lo contrario: la razón contra el caos"*.

Caos. De alguna manera esta ha sido la vivencia que el virus nos ha hecho sentir. Lo más elemental de nuestra vida cotidiana: salir a trabajar, visitar a los nuestros, abrazarnos, tocarnos, tiene que ser radicalmente alterado, porque todos y cada uno de nosotros nos hemos convertido en potencialmente peligroso para los demás, porque en lugar del afecto que queremos compartir con ellos, lo que podemos transmitirles es la enfermedad, tal vez la muerte, el caos.

El coronavirus ataca el corazón de los humanos en la base más esencial de su ser: la vida con el otro. Es decir, la inversión de nuestros valores ha tomado posiciones no sólo en nuestra cotidianeidad, sino también en nuestro mundo afectivo y mental. De alguna manera -en este caso intrusiva- un elemento extraño, ajeno, toma el rumbo de nuestra vida.

No es que un cambio de vida sea en sí mismo perjudicial o negativo, es algo que se hace continuamente. Las personas cambiamos nuestras condiciones de vida en razón de proyectos de mejora o incluso del propio discurrir de la vida en el proceso de maduración. Hablamos en estos casos de cambios conocidos, planificados e incluso deseados. Pero el Covid 19 ha introducido un cambio que ha hecho que de pronto nos hayamos descubierto frágiles, vulnerables y desasistidos.

Disponemos de un enorme poder científico y un no menos inmenso desarrollo tecnológico con el que podemos controlar e incluso modificar coordenadas de realidad para ajustarlas a nuestras necesidades y deseos. Se han traspasado barreras que hasta no hace demasiado tiempo parecían infranqueables y se ha

hecho posible lo que se consideraba imposible en otros tiempos. En la cúspide de las sociedades de bienestar, el desconcierto y la confusión que ha traído la pandemia Covid 19, invaden nuestra capacidad de pensar y más aún, de mentalizar.

La situación derivada de la irrupción de un microorganismo al que no vemos ni sabemos dónde está, un enemigo invisible pero omnipresente, ha venido a trastocar nuestro modo de estar en el mundo y a plantearnos algunas paradojas de las que, por otra parte, si fuéramos capaces de pararnos a reflexionar, podemos extraer enseñanzas de cara al planteamiento de lo que ha venido en llamarse "nueva normalidad".

Es paradójico que en un mundo en donde la "velocidad" es considerada un bien en sí mismo y una conquista del desarrollo social (medios de transporte ultrarrápidos, transmisión de datos, sistemas de comunicación... todo ello a velocidades de vértigo), un ente microscópico hace que toda la humanidad tenga que pararse en seco, poner el freno de mano y detener su productividad con el enorme perjuicio económico/social a que dicha detención da lugar. Pues bien, mientras las personas estamos paradas, es el virus el que corre velozmente. Ahora, la velocidad que tanto valoramos se ha transformado en letalidad por su alto poder de contagiosidad. La "*velocidad de crucero*" ha pasado a ser "*velocidad de contagio*".

Se transmite insistentemente el mensaje de que "*este virus lo paramos juntos*" pero, por otra parte, no podemos estar físicamente juntos. Es una acción comunitaria y bien está que sea así lo que se nos pide, pero sabemos que toda crisis tiende a acentuar el abismo entre los individuos y esto hace que nuestras relaciones personales se vean afectadas.

El trauma, en todo caso, está garantizado porque la irrupción del virus a nivel de epidemia mundial, es decir, pandemia, tiene todos los elementos de una situación traumática. Es además una situación de la que no hay registros previos, no hemos podido ir a consultar ningún archivo ni hemeroteca. Epidemias sanitarias sí ha habido a lo largo de la historia. Por mencionar algunas,

ya Tucídides en su historia de la guerra del Peloponeso describe la que asoló a Atenas llegando a causar más de 100.000 muertos en el siglo V a.C. La peste negra de 1348 se llevó a millares de personas en Europa, la mal llamada gripe española de 1918 también causó estragos, y sin duda no son los únicos ejemplos. Lo que sí ha resultado único, ha sido el mandato de recluirse en las propias casas y cortar todo contacto y aproximación con los demás. Y esto, no en una zona más o menos acotada geográficamente, sino para toda la población mundial y en todo el planeta. El hecho de que se haya propagado a una velocidad vertiginosa en todo el mundo en comparación con las grandes epidemias del pasado, nos da alguna pista de lo que podríamos considerar el lado oscuro de nuestro mundo híper-conectado.

El efecto psicológico que ha tenido en todos nosotros es que se nos ha presentado algo de lo que no teníamos representación previa. Se presenta, pero no se representa y necesita ser representado. Algo que ha ocurrido, que se ha presentado, podemos evocar posteriormente mediante una representación. La ecuación percepción- representación es el resultado de un trabajo de construcción que caracteriza la vida psíquica. Si el acontecimiento originario o primero fue traumático, poderlo re- presentar posibilita mitigar el monto de angustia con que se vivió por primera vez al haberlo podido procesar psíquicamente. Es una forma de tener conocimiento de aquello que nos afecta, nos compete o nos interesa, lo que es también un acercamiento a poderlo controlar.

El Covid 19 nos ha encontrado sin representación, teniendo que procesar mentalmente la terrible realidad de lo desconocido que a todos nos ha provocado angustia, miedo, depresión y desamparo.

La pandemia -y todo lo que ello comporta- ha supuesto una invasión de algo que ha venido de fuera a ocupar nuestro modo de vida individual, personal y social, en una suerte de mundos superpuestos uno de cuyos efectos es el de la vivencia de la temporalidad. La interrupción de la vida "normal" ha tenido el curioso efecto de alterar nuestra percepción del tiempo durante el estado de confinamiento. Dado que todos los días eran iguales, era como vivir en un

presente suspendido, parándonos a pensar -a veces- en que día de la semana estamos.

Todavía estamos en el "ahora" de la crisis, pero cuando pasemos a la fase del "después", es cuando tal vez -como parece estar ocurriendo en países pioneros en remontar su epidemia- hagan su aparición síntomas que quedaron también "confinados". No sería de extrañar entonces la irrupción de sintomatología de tipo ansioso/depresiva enlazada al proceso de elaboración de los duelos por las pérdidas sufridas, o somática, si es el cuerpo el que se hace portador de la carga emocional para la que no se le encontraron palabras de contención en el confuso y extraño momento crítico en que nos visitó el Covid 19.

Mayte Muñoz Guillén
Asociación Psicoanalítica de Madrid
Mayo de 2020

Salvo el abrazo

1.

El mundo es un abismo. Si. Eso lo sabemos bien. Desde aquel momento primero en el que salimos del líquido, de toda una vida entre abrigos cálidos, sonoros, rojizos, acuosos. Salimos, y entonces todo es caída. Caemos, caemos sin parar. Abajo, arriba y a cada lado; caemos. Y lloramos hasta rabiar, y el llanto es también el signo que transmite la experiencia, es la materialización emocional del abismo. Y así estamos un buen rato como manoteando el aire a ojos ciegos a ver si en una de esas casualidades algo nos detiene, hasta que sí; algo nos contiene. Algo que es alguien nos cuenta con su cuerpo que allí y durante un tiempo incontable el mundo acaba, se estaciona, y entonces el mundo es quieto, firme, calmo, un punto fijo, aferrado, *aferrable*. Es límite, vínculo, nos sostiene, nos sujeta. El cuerpo de otra, otro, es el límite último que nos sujeta al mundo. Es lo que, en parte, nos transforma en sujetos. Nos permite dejar de llorar. Y entonces caemos en la cuenta de que todo es un abismo. Salvo el abrazo.

2.

Estos días que son meses y llevan grabados la tentación de extenderse, están marcados por dos fenómenos que se entrelazan, mezclan y superponen: la pandemia y el confinamiento. El primero es la catástrofe biológica que afecta nuestros cuerpos y vidas, la segunda es fruto de la decisión que hemos adoptado como sociedad para intentar disuadir al virus de meterse con nuestra especie. El primero parecer ser tema de expertos muy concretos que conocen aquello de cartografiar el organismo con microscopios. Personalmente no tengo jurisdicción

ni conocimiento para abarcarlo, apenas lo comprendo desde las lógicas de la naturaleza; el segundo debería ser cuestión de todos y todas y requiere de una reflexión constante, compartida y mutante como la situación misma. Una reflexión urgente, abierta, permeable, porosa a lo que resulta de la experiencia colectiva e individual del encierro, las distancias y sus efectos directos y colaterales sobre la vida. El segundo es un fenómeno social, cultural y político sobre el que habremos de pensar a fin de que no permanezca, como hasta ahora, supeditado al primero, a la hegemonía del mandato biológico y su relato bélico sostenido en la urgencia. Es decir, hay consecuencias directas derivadas del virus y hay consecuencias directas derivadas de la respuesta que hemos improvisado. Es necesario volver y volver a pensar los cuidados y las estrategias de abordaje en ambas dimensiones.

3.

Paul Preciado decía hace días que la mascarilla es la nueva frontera. En esto del encierro; primero fue la habitación, la casa; luego la mascarilla y más tarde -o al mismo tiempo- el confinamiento puede que se estanque en nuestras mentes. El trauma generalizado se instala y nos transforma, se abre entonces un proceso de individualización radical que corre el riesgo de naturalizar una visión del otro como enemigo, como potencial agente de contagio. Y entonces lo que queda es el miedo, la soledad, la incertidumbre, la conciencia de nuestra nueva y vieja fragilidad, las pantallas. Por eso, lo que hoy se juega ante la articulación y reconsideración de las respuestas sociales al virus, no son sino los itinerarios y bifurcaciones posibles que hacen al proceso de re-subjetivación individual y colectiva derivados de la experiencia. Lo que se juega es el qué hacer frente a lo que nos ha sido dado y cómo metabolizamos y transformamos las condiciones en las que se despliega lo vivible. Prima la recuperación de lo colectivo en el pensamiento, una colectivización que valore la cooperación y la acción conjunta por sobre el solitario y desintegrador "sálvese quien pueda". Habremos de resistirnos a dejarle sólo a los biólogos y virólogos la decisión constante y absoluta sobre las formas y des-formas de nuestro devenir socio-cultural, quizás

fue así y debió ser así en un primer momento dado el brutal y sorpresivo desembarco, pero ya no. Ya no.

4.

Hasta ahora la propuesta y el resultado ha sido una fosilización de la proxemia; la distancia social se pauta, se enmarca, se expropia en nombre de un supuesto bien común. Viene dada, ya no depende de nosotras. El virus da argumentos para ello, para la legitimación de una imposición en nombre de la vida orgánica que suprime o desatiende la vida social confinándola a las pantallas y barbijos, y dando pie a la gradual extinción de lo conquistado en términos de proximidades a lo largo de siglos. Somos seres sociales, del encuentro, del roce, del goce en el roce; y la nueva sociabilidad que se nos presenta sin apenas cuestionamientos, es una crónica anunciada de la angustia. Es el preámbulo a la materialización absoluta del malestar, de lo que puede nombrarse como una brutal crisis de la presencia. Son días en los que estamos abocados a renegociar la dimensión y cualidad del encuentro en cada encuentro. Con viejos y nuevos amigos el acercarse es hoy un vaivén de miradas, palabras entrecortadas y finalmente el abrazo, o el codo, o la sonrisa distante, a veces cómplice, que contiene o detiene todo lo demás. Más tarde llega y llegará lo clandestino como corporización de la resistencia, o la clandestinización de lo afectivo que será lo robado bajo el paraguas, o la construcción de una sociabilidad física en los márgenes, o la reclusión del roce, el tacto y el abrazo en los espacios íntimos de las cuatro paredes. Allí donde nadie nos ve. Lo cierto, es que no soportaremos mucho tiempo sino pensamos y actuamos en colectivo. O iremos, en todo caso generando microcápsulas de sociabilidad, grietas de escape, que como en todo pueblo chico, terminarán por estallar. Porque el azar y la exogamia son elementos constitutivos del crecimiento y desarrollo de lo humano en toda sociedad. Lo sabemos.

5.

El filósofo Dario Sztajnszrajber afirmaba hace poco en una entrevista que la experiencia del confinamiento trastoca nuestra idea del tiempo. De una concepción de tiempo lineal, con una cierta previsibilidad y posibilidades de proyectar, hemos llegado abruptamente a una idea circular, de un tiempo como trama que se expande sin límite hacia los lados y se repite incansablemente. Todo es un presente continuo, un aquí y ahora que insiste y resulta extrañamente insoportable al percibirnos sin jurisdicción sobre él. Es difícil ordenar la vida sin la percepción –más o menos ficticia- de que podemos ordenar el tiempo. Así, entre otras cuestiones, la experiencia nos rebela incluso la dimensión cultural, arbitraria, de nuestra manera de percibir y entender el tiempo. El escritor polaco Ryszard Kapuściński dice en su maravilloso "Ebano", que en muchos sitios de las Áfricas que hacen a África el tiempo "no pasa", el tiempo "es". Lo que a su vez está en relación con una determinada concepción del ser; allí el ser no es lo que se "es", sino lo que se "actúa". El tiempo no pasa si uno no actúa. Eso permite estar sin sentir que algo está pasando más allá de nosotras. Esto facilita y limpia de tedio lo que para algunos es la espera, el tiempo muerto. Y eso da pie a que allí en ocasiones las personas puedan estar sentadas bajo un baobab o en sus casas sin ser capturados por la ansiedad o la sensación de estar perdiéndose algo. El hecho de que el tiempo pase está claramente ligado a una idea antropocéntrica, a la irremediable caducidad de cada ser humano y al recorrido de la tierra alrededor del sol junto a los instrumentos que hemos creado para medirlo. Así, la pandemia y su confinamiento culturalmente derivado no sólo han sido un golpe a nuestra arrogancia como especie que ojalá nos reconcilie con nuestra vulnerabilidad, nuestras fragilidades; sino que ha puesto en cuestión nuestra concepción del tiempo según la cual habíamos creído y sentido que podíamos controlarlo. Algo similar traía Thomas Mann en las reflexiones que resultaban de la monotonía en los hospitales de "La montaña mágica". O el antropólogo Byron Good cuando reflexionaba desde la fenomenología sobre las transformaciones espacio temporales que son vividas durante el proceso de una enfermedad. Ante la

enfermedad el tiempo subjetivo ya no es el mismo que el de los demás, que el consensuado; todo se detiene, o va más lento, o se relativiza en la importancia de no perderlo...o se acelera. El tiempo es un constructo y caer en la cuenta de ello, así como lo incontrolable, también angustia.

6.

El vínculo virtual que se propone como solución de sociabilidad en lo educativo, lo laboral, lo relacional en general, ya nos ha enseñado en menos de tres meses que está destinado al desastre. Es un vínculo no sólo a distancia, sino a destiempo, un vínculo asincrónico de mensajes grabados y podcast sobre cada tema y cuestión. Al respecto, es interesante observar cómo aquello que se viene planteando en los últimos 30 años como la hipercomunicación mediatizada por las tecnologías en tanto elixir futuro de la vida en comunidad, ha mostrado sus limitaciones. La experiencia agotadora que llevamos estos días en los que todo son pantallas nos cuenta que no es posible la vida enmarcada, asincrónica, distante. Nos mareamos, nos agotamos, nos faltan los mensajes que la corporalidad desprende, nos entristecemos, nos hartamos de los "abrazos virtuales", no nos alcanzan los emoticones para dar cuenta de la complejidad de lo afectivo. Todo esto, obvia decirlo, no significa que lo virtual no nos sea útil, sino que nunca podrá ser lo hegemónico en nuestras relaciones. Necesitamos del cuerpo. No somos sin el cuerpo de otros, otras. Somos sujetos con memoria primera del refugio y del contacto primero. De aquel abrazo que sostiene y contiene. Y cabe preguntarnos sobre cómo nos sujetaremos en una sociedad de distancias. En la radio y en los diarios, no dejan de hacer recomendaciones prácticas, funcionales, cuasi robóticas sobre cómo, incluso, tener sexo sin contagiarse para así habituarnos a una sociedad de las asepsias, como si la adaptación sumisa fuese el paso natural de lo humano en estas circunstancias. Y lo trágico, nuevamente, es la ausencia de una reflexión colectiva y sistemática que nos permita introducir algo del impacto en lo social y cultural percibido ante los dictámenes que nos presuponen sólo organismos que laten. Ya no basta ese estar *anhedónico*, como a la espera de que todo vuelva a ser lo que era; sino

actuamos en colectivo volverá a decidir el virus por nosotras. Necesitamos juntarnos, pensar en colectivo, generar ágoras y foros físicos de conversa, necesitamos del cuerpo, del olor, del tacto y el roce, de una piel otra que nos ayude a sujetarnos. Somos seres irremediablemente interdependientes. La sociabilidad a distancia no es sino el principio de la muerte social. La caída. Lo sabemos; el mundo es un abismo. Salvo el abrazo.

Martín Correa-Urquiza

Antropólogo Médico. Universidad Rovira i Virgili

Mayo de 2020

Tres aberturas hacia mundos posibles

*«A veces el destino se parece a una pequeña tempestad de arena que cambia de dirección sin cesar. Tú cambias de rumbo intentando evitarla. Y entonces la tormenta también cambia de dirección, siguiéndote a ti. Tú vuelves a cambiar de rumbo. Y la tormenta vuelve a cambiar de dirección, como antes. Y esto se repite una y otra vez. Como una danza macabra con la Muerte antes del amanecer (...)
Y cuando la tormenta de arena haya pasado, tú no comprenderás cómo has logrado cruzarla con vida. ¡No! Ni siquiera estarás seguro de que la tormenta haya cesado de verdad. Pero una cosa sí quedará clara. Y es que la persona que surja de la tormenta no será la misma persona que penetró en ella.» (Murakami, Kafka en la orilla)*

Desde la ventana de la añoranza de aquella normalidad.



Ventana proviene del latín *ventus*, viento, en inglés, *window*, *wind*, refiere a un respiradero. Una ventana es una abertura por donde pasa el aire. Las ventanas nos abren a mundos posibles, a nuevos aires que nos podrán permitir pensar de modos novedosos.

Estamos en un tiempo en el cual predomina la incertidumbre. Aquí en Buenos Aires, hace 60 días que nos encontramos en "Aislamiento

social, preventivo y obligatorio". Un pacientito esta semana me dijo furioso: "¡Nos mintieron Gisela, nos dijeron **cuarentena** y eso son 40, entendés Gisela, 40! Y ya vamos por casi 60, ¡¡ni siquiera hay nombre para eso!! ¡¡Quiero mi vida de antes!!"

¿Cómo se tramita aquello que aún no tiene un significativo que posibilite su representación? ¿Cómo acompañamos los psicoanalistas la tramitación de aquello que también para nosotros es muy difícil de enlazar porque lo estamos transitando al mismo tiempo que nuestros pacientes?

Las situaciones de crisis extrema nos hacen encontrar a cada uno con su propia vulnerabilidad y como decía Freud ya en 1932, el cristal siempre se rompe por las líneas que estaban demarcadas previamente. Observamos esto en muchos de los pacientes que estamos acompañando en la actualidad.

Si bien en este momento existe una realidad global que nos iguala, la pandemia del COVID-19, obviamente la situación no es la misma para todos. No es lo mismo estar en cuarentena y tener garantizado techo, comida, acceso a un sistema de salud y a internet, que estar hacinados en un cuarto de hotel siendo madre soltera con 5 hijos a cargo, o compartir la cuarentena con un hombre violento o vivir en un Hogar que depende de una ayuda social que nunca llega a tiempo. No es lo mismo que la escuela tenga una plataforma de conectividad y los estudiantes acceso a sus propios dispositivos móviles, que no tenerlos. Es decir, incluso en esta realidad tan común y global a la humanidad toda, hay muchísimas realidades y la desigualdad muestra su cara más cruda, más dolorosa.

Nos encontramos en un momento histórico sin precedentes en el cual el neoliberalismo se pone de manifiesto en su versión más descarnada y salvaje. Todas estas situaciones ponen en evidencia nuestro desamparo como individuos y como sociedad, pero a su vez esta detención inesperada del tiempo nos puede dar la oportunidad de reflexionar acerca de qué mundo podremos construir de aquí en más.

Se escucha a numerosas personas expresar un deseo de querer “volver a la normalidad”. Me gustaría poner en revisión dos temas: el tiempo y la normalidad. La primera cuestión a plantear es que el tiempo nunca vuelve para atrás, que el mundo anterior a que una mujer en un alejadísimo mercado de venta de animales salvajes en Wuhan decidiera tomar una sopa de murciélago y contrajera coronavirus, ya no existe. No se trata de una mirada apocalíptica, sino de una invitación a dar(nos) el tiempo para pensar esto de un modo diferente.

Tomaré prestados dos conceptos de la “teoría del caos”, uno es el concepto de impredecibilidad, para pensar cómo nuestros actos están conectados, como todos y cada uno somos afectados por las decisiones que tomamos como sujetos y como sociedad pero que a su vez son muy difíciles de predecir. Otro concepto que puede tomarse desde dicha teoría es el de “Equilibrios inestables”. Utilicé hace unos años esta idea con respecto a niños y familias con problemáticas psíquicas graves (Untoiglich, 2015). Sin embargo, hoy pienso cuán neuróticamente ilusorio era creer que “nosotros los normales o normóticos”, como le gustaba decir a Silvia Bleichmar, podíamos construir equilibrios que no fueran inestables.

Si hay algo que pone de manifiesto esta pandemia es que eso que llamamos normalidad es una construcción demarcada biopolíticamente, que cambia constantemente, y, por otra parte, se trata de un conjunto de parámetros que produce muchísimas desigualdades que hoy quedan crudamente en evidencia.

Son tiempos en los cuales la presumida omnipotencia humana se encuentra jaqueada, muchas de las supuestas grandes potencias han tomado pésimas decisiones priorizando la economía por sobre las vidas, un neodarwinismo social que decide que unos tienen más derecho a sobrevivir que otros. Observamos que hay vidas que parece que valen la pena ser más lloradas que otras, pero lo cierto es que nadie está a salvo, si intentamos salvarnos solos.

Desde la ventana que invita a jugar.



Desde su ventana, Pejac, un artista español nos invita a jugar, a crear, a intervenir la realidad para transformarla. Quizás de eso se traten hoy, nuestras intervenciones como analistas cuando entramos por la ventana de nuestro ordenador o nuestros móviles en la casa de nuestros

pacientes y todos nos sentimos un poco incómodos ante la pérdida del encuadre, ante la pérdida de intimidad. No se trata de adaptarnos rápidamente a lo que está sucediendo, sino de ponerlo y ponernos en cuestión.

Lo que está ocurriendo no es un paréntesis en nuestras vidas, no podremos sacar este tramo una vez que termine y hacer de cuenta que esto no ocurrió, cuando además no sabemos ni cómo, ni cuándo concluirá. Esto nos está aconteciendo y nos está transformando, que devenga traumático, para nosotros y para nuestros niños, dependerá de cómo se transite y de cómo acompañemos en ese transitar, de cómo armemos los lazos que permitan la metabolización de lo que nos está sucediendo como sociedad y como sujetos atravesados por lo epocal.

Compartiré una viñeta clínica de estos días:

Consultan los padres de Wenceslao por su hijo de 2 años y medio que no habla. Hace un año que está en tratamiento con una logopeda, ella lo deriva a neurología "por las dudas". La neuróloga dice: podría ser TEA (Trastorno del Espectro Autista) y abre la puerta a que ingresen toooodos los espectros. La madre está sobrepasada de angustia, es una profesional de la salud y ya leyó

TODO acerca del TEA. El padre intenta tranquilizarla en vano. La logopeda la llena de ejercicios y tareas que la madre cumple obedientemente, o al menos lo intenta, ya que el hijo se resiste. La hace grabar videos y enviárselos y los corrige todo el tiempo. Por supuesto que la explicación de por qué se resiste, se responde con una única certeza: ES TEA.

Me consultan dos semanas antes que se decrete la cuarentena. Tengo una entrevista con los padres en la cual la madre desparrama toda su angustia que intento alojar, sin taponar, pero tratando de no generar más alarmas.

A la semana siguiente vienen con Wen, vienen de muy lejos y el niño llega dormido y me resulta muy difícil conectar. No me mira, no habla, me da la espalda activamente. La madre no puede contener su angustia, su frustración, su pánico ante la confirmación de todos sus fantasmas. Les propongo que se vayan a la casa de alguien que vivía cerca, lo hagan dormir y vuelvan esa misma tarde (la amenaza de cuarentena en la proximidad me preocupaba).

A la tarde llega sonriente, me mira, toma una pelota que le arrojé, me la devuelve. Enciendo el ventilador de techo porque hacía calor, queda atrapado mirándolo girar, veo la angustia de la madre subiendo por su rostro, apago el ventilador y le grito: ¡viento vení!! Wen ¿me ayudas a que vuelva? ¡Wen soplemos así vuelve!! Todos soplamos a la vez, prendo el ventilador, Wen se ríe. Repetimos esta acción varias veces y de a poco se transforma en juego.

No había juego antes de esa escena, en el encuentro transferencial el acontecimiento del jugar sucede promovido por la apuesta del analista

Comienzo de la cuarentena.

Empiezo a hacer un trabajo por videollamada con los padres y trato de sostener a estos padres para que puedan sostener al niño. Recorremos los fantasmas maternos, ayudo al padre a que pueda contener la angustia materna. Propongo que haya menos corrección y más conexión vincular, que partamos de lo que Wen puede y trae y no de "sus déficits". Dejan a la logopeda neurocognitiva, a

la neuróloga que ya estaba proponiendo medicarlo para que se adecúe a las terapias y nos damos la oportunidad de encontrarnos con un niño, que tiene otros tiempos, pero que a su modo lo va logrando. Empieza a surgir la palabra, el juego (no el que estaba programado por una profesional que transformaba todo encuentro posible en una evaluación en la que niño y madre siempre reprobaban), el placer de los encuentros.

Pienso en un TGD-P (Terror Generalizado en el Desarrollo de la parentalidad). Este terror atraviesa la vida de muchas familias en la actualidad. Es un terror generalizado a que su hijo esté atacado por un espectro que una vez que aparece abduce al niño y su nombre propio y devuelve una etiqueta diagnóstica con un paquete de indicaciones, acciones, manuales de procedimientos y especialistas que se ocuparán de cada uno de los defectos encontrados en la maquinaria que lo único que hacen es robotizar al niño, rigidizar y aterrizar padres y sumar un engranaje más a la maquinaria patologizadora.

Desde la ventana de la nos-otredad.



Muchas personas están utilizando la metáfora de la guerra para pensar este tiempo, considero que no nos ayuda como sociedad, que es peligroso ya que corremos el riesgo de que se considere al otro como un enemigo, del cual me tengo que defender. Es cierto que tenemos que mantener distancias de cuidado para prevenir contagios, pero eso no es lo mismo que suponer al otro como nuestro atacante. En algunos

edificios se sale a aplaudir a los balcones por las noches, pero durante el día se cuelgan carteles en los ascensores para que los profesionales de la salud se muden de ese edificio. Precisamos armar un lugar para la "hospitalidad", como un espacio de acogida, preguntarle al otro cómo está, qué necesita, en qué podemos ayudarlo. Necesitamos construir tramas de confianza, de sostén.

Resulta muy significativo que un modo actual que usamos para finalizar los intercambios con muchas de las personas con las que hablamos en estos días sea: ¡cuídate!

En el mito de Higinio acerca de la creación de la humanidad, conocido como El Hombre y el mundo, que fue escrito en el siglo I a.C., a la creadora de la criatura humana se la nombra, según las diferentes traducciones como Cuidado, Cura o Preocupación. En estos días sin dudas estas tres palabras poseen una íntima conexión. El cuidado para atravesar esta situación pasó a ser lo más importante, tanto el personal, el del otro, el del Estado. Precisamos entretejer lazos de cuidado amoroso con nuestros niños y niñas, con sus familias, con colegas, con amigos, con vecinos, con conocidos y desconocidos. Construir nuevos modos de convivencia en los cuales sostenemos y somos sostenidos por un tejido común

trenzando una Nos-otredad entramada.

Gisela Untoiglich

Dra. en Psicología. Universidad de Buenos Aires

Forum Infancias

Mayo de 2020